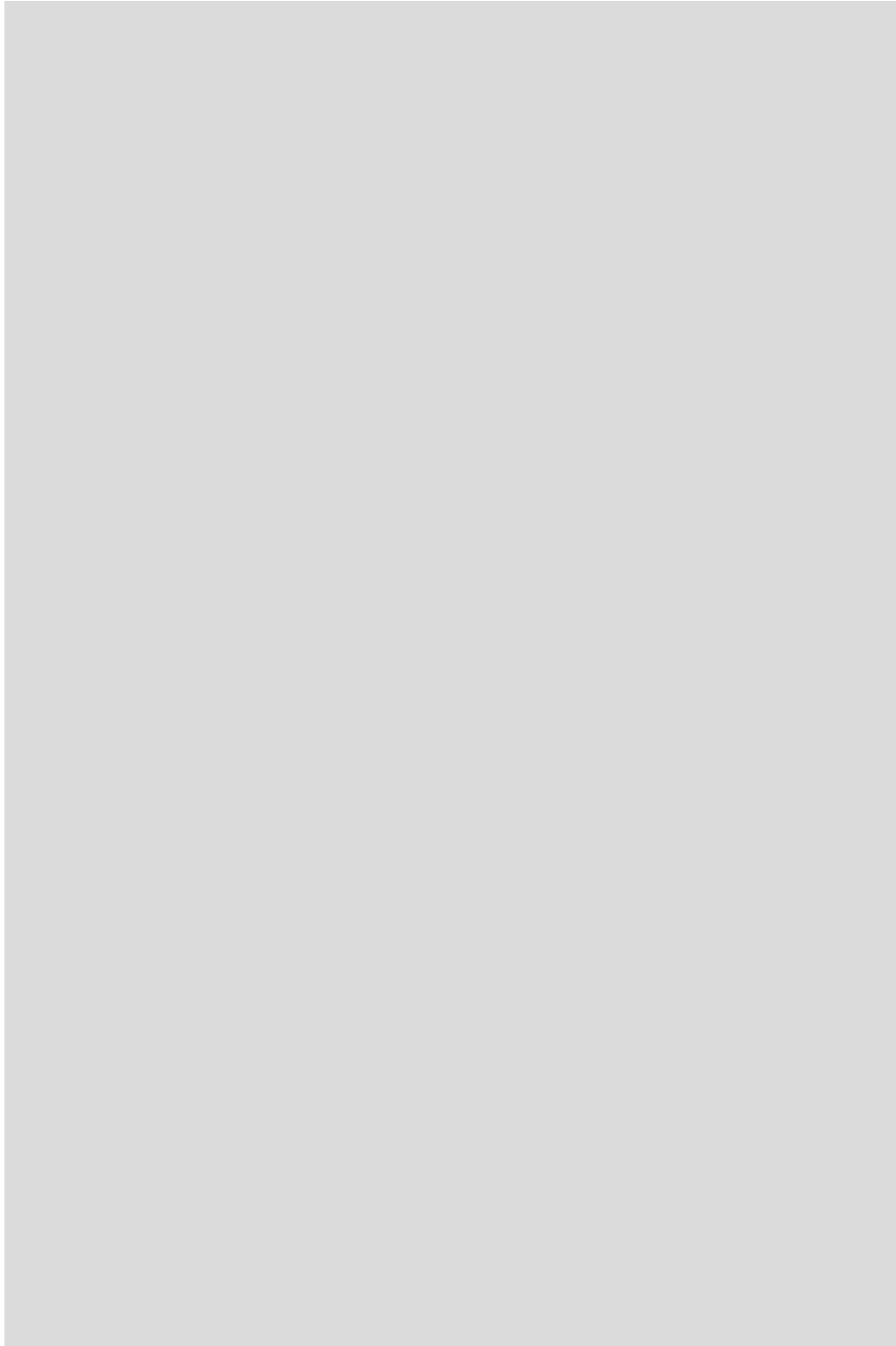


El Hondo Pozo de la Noche

Andrés Fernando Castaño



Capítulo 1

El hondo pozo de la noche

Cuentos

andrés F. Castaño

www.autoreseditores.com

©Todos los derechos de autor reservados

Bogotá D.C.

Colombia, 2015

Comentarios

Jorge Eliecer Pardo (escritor)

«Veo el texto y requiere una lectura más pormenorizada. Es de esos textos inteligentes y eruditos que llegan a poca gente pero que son esenciales en la literatura. Me recuerda a Borges. Veo una prosa de buen nivel y, sobre todo, una gran pretensión de acercarse a la literatura en mayúsculas. Suerte, Veré lo del 9 de abril», Mensaje vía Facebook.

Álvaro Pineda Botero (escritor)

«Hola Andrés: Pensé que iba a ser una lectura aburrida pero estaba equivocado. Felicitaciones, me encantaron tus cuentos: sólidos, eruditos, llenos de resonancias literarias, con economía admirable de adjetivos y sin adornos inútiles, y con un amplio espectro temático. El de Spinoza me pareció una especie de abrebocas para una maravillosa novela histórico-filosófica que espero escribas algún día. Menos interesante, para mí, el de los sicarios, aunque bien logrado. Estaré atento a tus nuevas creaciones». Mensaje por correo electrónico

*

Estos textos surgieron de borradores que estaban latentes en una agenda de notas, desde hacía varios años. Se escribieron en su totalidad entre 2011 y 2012; se corrigieron definitivamente a finales de 2014. Son antes que nada, tentativas de estilo de preparación para acometer un género de mayor aliento, la novela. Agradezco a quienes generosamente han leído mi libro; desde aquí mi gratitud inmensa los maestros: Álvaro Pineda Botero y Jorge Eliécer Pardo por sus comentarios recibidos y a los lectores.

Andrés Fernando Castaño S.

2015

Víspera de Nochebuena

Por las ventanas sucias se cuelan los destellos de la calle. Ascuas. Como hecho peculiar, del otro lado del portón, me llegan las carcajadas de ese niño, que a esta hora siempre está llorando. Mientras aspiro hondo el humo amargo del cigarrillo, cobro conciencia: es víspera de Noche buena. No puedo negarlo: me pesa, me agobia la algazara, el latido sonoro del vecindario hostil. Me hacen sentir un poco infeliz —como si la infelicidad, igual que la injusticia, no cambiara de faz como Proteo, cada segundo—. Me tenía por un hombre recio; algo me dice que no es así. Siento que la nostalgia me oprime el corazón y quiero escuchar a mi madre y a mi padre por el teléfono; llevar sus voces nasales y quedas, en lo profundo

de mi corazón. Decirles que los quiero y los extraño y que nada malo les pasará. Pero no... Si se demuestra debilidad en un ambiente feroz e indolente (un hombre corriente, como un cura por ejemplo, podría hacerlo; faltaría más que yo lo hiciera: soy un soldado, un héroe de guerra), se está perdido. Estoy recién llegado a esta pensión. Paso la mitad del día, presintiendo los tonos que la luz hace al tocar estas aristas tristes, el patético rectángulo en que se enmarcan estas cárceles urbanas. A pesar de todo el desprecio que siento por estas fechas, decido salir; bucear en la noche, beber un trago. Necesito olvidar. Un olor a pólvora me trae a la memoria las prácticas del polígono. Estruendos, un abanico de luces multicolores y un arco iris artificioso, cubren la noche bruñida.

—Tómese un trago soldado —me invita un viejo visiblemente borracho, en la tienda de la esquina. Su boca pastosa que bebe recurrentemente de la botella de un licor transparente e indefinido, me hace rehusar. Insiste—: Beba, soldado, beba que usted es un verraco —me repite mientras se golpea el pecho sonoramente con la palma de la mano.

Contengo la respiración y trago la bebida. Me quema por dentro; mi cabeza y mi cuerpo parecen vadear en ese embate de octanaje aromático. El viejo me recuerda a mi abuelo. Recuerda que él estuvo prestando a la patria sus servicios como soldado. Era el año cuarenta y ocho. La ciudad estaba aun en ruinas: sobre las piedras de una de esas casas antiguas del centro de Bogotá, en La Candelaria, dice, se pegó su primera borrachera.

—Mijo: uno se siente el hombre más valiente del mundo. Martínez: no se me va a olvidar nunca, que se llamaba el muchacho ese con el que estaba de guardia esa noche —dijo tomando un largo trago—. A las doce de la noche, hice un par de tiros al aire. «Lo va a joder mi sargento», principió a decirme Martínez. «Eso no joda —yo le dije—, que él debe andar más borracho que nosotros».

Del local entraban y salían clientes: todos saludaban al viejo respetuosamente. Tenía una cara rojiza y brillante; una nariz grande con un tono mucho más intenso, como un pimentón maduro. Arrastraba las erres, no supe bien si era por su estado, o porque sencillamente era algo natural. A los muchachos jóvenes que se acercaban a saludarlo, los tomaba con cariño de la cabeza y se las besaba; de cuando en cuando, les ponía un billete en las manos. «Yo también tuve veinte años y un corazón vagabundo...», engolaba la voz cantando la conocida canción.

Le advertí que me tenía que ir. Negó meneando la cabeza. Pidió una botella de licor. Sacaba del bolsillo sendos cigarrillos: cuando apenas estaba terminando uno, encendía el otro con el ascua del anterior. Sus manos eran gruesas, reseca; parecían arcilla recién secada al sol. La música que sonaba en la antigua victrola era de arrabal: tangos, corridos, rancheras. A veces se quedaba en silencio o tarareaba la canción y pedía que se la repitieran.

—Voy a contarle mi historia muchacho. Cuando yo era joven así como usted, era muy bueno en las labores del campo: labraba hasta media hectárea por día, las mulas se cansaban siguiéndome el paso. Mi patrón me pagaba el salario cada semana. Entonces yo me ponía mi mejor vestido y bajaba al pueblo a tomarme unas cervezas mientras conversaba

de cualquier cosa con cualquiera que se dejara charlar. Poco a poco fui conociendo a todos —hizo una corta pausa para su ritual de beber y encender un cigarrillo—. Había una muchacha muy bonita que yo veía pasar de vez en cuando por ahí: tenía el pelo largo, negro, crespo; los ojos grandes, así como les brillan a las lechuzas por las noches de luna llena; pero lo que me gustaba más de ella era su cuerpo.

»—Entonces, conversando con ella una noche, me dijo que la acompañara a su vereda. Nos fuimos por un camino empedrado. Yo me descalcé para sentirme más cómodo. Casualmente esa era una víspera de navidad también —alzó la vista al bombillo amarillento, como evocando el relato—: me acuerdo que un globo rojo flotaba en esa noche llena de estrellas, junto a una luna grande y redonda. Y los ojos de ella también brillaban como si tuvieran puras flamas de fuego que nos alumbraban el camino por donde andábamos. De pronto me dijo que tenía que enseñarme una cosa. Entusiasmado, me imaginé que íbamos a consumir algo o que por lo menos un beso nos íbamos a dar. «¿Y usted es mujer casada o soltera?», le pregunté. Ella me cogió de la mano y subimos hacia la montaña por un sendero. La luz de la luna era lo único que nos acompañaba; era un silencio grandísimo: sólo se oía la música de los grillos. Cuando llegamos a un claro, ella se arrodilló y me dijo que hiciera lo mismo. Empezó a abrir un hueco en la tierra con sus manos. Sacaba puñados y los iba echando a un lado.

Me sentía borracho, pero todo lo que estoy contando aquí, fueron las mismas palabras que el viejo me dijo esa noche:

—Entre los dos empezamos a hacer un hueco grande, más o menos del tamaño de un perro mediano (mientras el viejo me contaba, destapó la segunda botella de esa noche). Yo le pregunté que para qué era el hoyo que estábamos haciendo. «Usted no pregunte. Haga lo que yo le diga», me dijo la muchacha.

—Dígame: ¿usted que habría hecho? —la pregunta del viejo me tomó por sorpresa.

—La verdad... no sabría decir qué habría hecho —respondí—. Pero lo que no entiendo es, ¿a qué viene este cuento que me está contando usted?

El viejo me miró con los ojos achinados que tenía, cuestionándome.

Indagándome seguramente, porque pensaba que yo era igual que todas las personas que conocía y a los que se atrevió a contarles el relato: lo tomaban como un viejo loco, un anciano que inventaba disparates para poder tener con quien conversar y que además lo lidiaran en su embriaguez consuetudinaria. El viejo tomó aliento y prosiguió:

—Entonces, me dijo la mujer: «Es suficiente». Luego, cuando llegamos al mismo sitio en el que el camino se dividía en el sendero, me dijo que nos viéramos en el mismo lugar. Le pregunté que cuándo. Dentro de un año preciso, me contestó sin decir más. Me lleve la mano a la cabeza y me sacudí los pelos. Yo no estaba borracho. De un momento a otro la muchacha se desapareció en la noche. Al otro día fui a buscarla al sitio donde nos vimos. Era como si la tierra se la hubiera tragado: nadie daba razón de ella. Imagine lo que uno puede pensar... Pero yo recorrí al otro día el mismo camino de esa noche, pero el sendero por el que subimos a

la montaña y no lo encontré. Yo conocía palmo a palmo cada una de las veredas del pueblo. Tenía que esperar un año entero para volverla a ver. Fueron los doce meses más largos de mi vida. A veces despertaba a media noche, pensando que estaba dentro de una pesadilla: pero lo peor de todo era que no. ¿A usted nunca la ha pasado eso, joven: pensar que esta realidad es como un sueño del que en algún momento uno se tiene que despertar? Al fin y al cabo eso debe ser la muerte: despertarse de la pesadilla o el sueño de la vida; cada quien la ve como le vaya en ella. Sin tener que decirle me quedé en silencio. El reloj casi marcaba las once y media, pero yo realmente no tenía a donde llegar a celebrar la llegada de la navidad. El viejo estaba tan solo como yo. Éramos dos parias buscando una charla furtiva para mitigar el peso de nuestras soledades. Siempre me decía mi papá, que en el momento en que uno encontrara a ese alguien que comprendiera la soledad o la pena que uno lleva en el alma, ese extraño se convierte de una manera o de otra, en parte de uno y viceversa.

—¿Usted cree en que uno tiene un destino fijo, joven? —me preguntó el viejo.

Me quedé mirando las volutas de humo que hacía el cigarrillo en mis manos. Negué con la cabeza.

—No lo sé. No soy supersticioso: la única superstición en la milicia es no fumar en servicio, porque le vuelan la cabeza. El cigarro, el punto rojizo, puede verse a metros; un buen tirador desde un quilómetro puede dar en el blanco —repliqué, quizá groseramente.

—Bueno déjeme contarle, joven. No se preocupe que ya casi lo dejo en paz. Solamente le pido atención por unos minutos más —acotó el viejo—. ¿En qué parte iba? Ah, sí. Resulta que mi vida desde el momento en que desapareció la muchacha se me volvió un infierno. Empecé a contar los días, las semanas y los meses, para volverla a ver. Pero yo dormía sin dormir, comía sin comer, se podía decir que vivía como un ente, por y para volver a ver a esa mujer: como si de eso dependiera el sentido de mi vida. Imagínesele simplemente, muchacho.

»—Pero al fin, llegó la fecha. Un viernes de un año que no recuerdo, y que prefiero olvidar, volví a bajar al pueblo a ver si la encontraba. Cuando menos me lo esperaba, la vi. Sentada en la misma banca en la que la había visto por primera vez. Fui hasta ella. Pensó que yo no iba a ir. Esa noche era víspera de Noche buena. Recorrimos el mismo camino. Al llegar al sendero, levanté la vista al cielo pero no vi ningún globo rojo en la cerrazón del aquel cielo; tampoco había luna —el viejo empujó otro trago, exhalando una larga bocanada de humo—. Pareciera que el tiempo se hubiera devuelto. ¿Una trampa del destino? Quién sabe. En el mismo claro en que cavamos un año antes, encontramos el mismo hueco en la tierra, como si lo acabaran de cavar. En la completa oscuridad ella puso sus manos en la tierra. De repente, un brillo diminuto empezó a crecer entre sus manos y se convirtió en una flama como si llevara una hoguera que defendía del viento.

Lo miraba extasiado. Me olvidé del tiempo y del local sórdido donde

estaba escuchando aquel relato. Lo único que me preocupaba era saber a donde llevaba todo eso que me contaba el anciano.

—La llama en sus manos creció —continuó contando el viejo—. Se dio la vuelta... la muchacha que yo había conocido ya no era ella. Me pidió que hiciera lo mismo con mis manos para proteger el fuego. Empecé a temblar. «Usted es un cobarde», me dijo ella. Pese al miedo hice lo que me ordenó. El fuego se movía en mis manos como un pajarito. «Ahora usted puede ver lo que va a pasar en el mañana, en el futuro», fueron las últimas palabras de esa muchacha. Volví a ver el fuego en mis manos. Al levantar la vista para mirarla, ya no estaba.

—¿Y qué pasó luego? —me arriesgué a preguntar.

—No le hice caso. Seguí, o mejor, traté de seguir con mi vida. Pero no pude. Me despertaba a media noche a mirarme las manos. No había nada. Bajaba hasta el pueblo para verla pero nunca la volví a encontrar; tampoco el sendero.

Me quedé mirando las luces artificiales, escuchando los gritos de júbilo «Feliz navidad», se gritaba a coro. Esa era una de las navidades más extrañas la que he vivido.

—Bueno, muchas gracias por la historia, pero me tengo que ir —dije.

—Antes de que se vaya, tengo que contarle el final de la historia

—contestó el viejo—: esa fue la última navidad que viví en mi pueblo.

«Algo malo va a pasar», le dije a mi patrón cuando fui a cobrar mi sueldo para venir a la ciudad. Se rió. «¿Pero qué puede pasar en una navidad en este pueblo? Aquí no pasa nada», contestó. «Cosas de las que es mejor no hablar», respondí. Eso fue unos meses antes de que sucediera la muerte de Gaitán, El Bogotazo y todas esas cosas que es mejor no recordar. A mi patrón lo mataron ese día. No me percaté de lo que dije, pero fue una imagen que vino a mi cabeza en ese momento como una llamarada. Desde ese día lo supe. No entiendo quién envió a esa mujer para darme ese don: ¿Dios o Satanás?

—Dígame, ¿cómo se llama? —pregunté tras levantarme y extender mi mano para despedirme.

El viejo me tomó la mano derecha con su izquierda; metió la derecha al bolsillo y puso algo en mi palma. Pensé que era un billete.

—Eso no importa, muchacho. Lo que vemos muchas veces no se parece a la realidad; eso incluye a los nombres que nos ponen: son maneras de llamar las personas y las cosas —se limitó a decirme.

Al fin salí. He estado ebrio muchas veces, pero esa borrachera fue distinta a las demás. Por todos lados había faroles, velas y pólvora. Esa noche entré a la pensión, pero todos estaban demasiado ocupados en lo suyo para prestarme atención. En el cuartucho en el que duermo todo era oscuridad. De pronto miré mis manos y distinguí un ascua débil. Cerré los ojos y pensé que el viejo tenía razón, que no estaba loco. Aquella luz creció hasta hacerse una llama definida entre cuyas flamas se veían pasar escenas. Me dije que todo era obra de aquel licor barato y de las artes verbales del viejo. Al otro día retorné a buscar la tienda del encuentro. Nunca la encontré.

Ahora —de manera absurda, pues no soy supersticioso— tengo miedo cada vez que las fechas se acercan a la trágica víspera de Noche buena: porque vienen a mi cabeza escenas que quisiera no poder ver y que sé, han de suceder inexorablemente pero temo contarlas porque dirán, con razón, que estoy loco.

La Geometría de las pasiones

*"Cada cosa se esfuerza, en cuanto está en ella,
por perseverar en su ser"*

*Baruch Spinoza,
Ética demostrada según el orden
geométrico*

(Parte tercera, proposición 6)

A

El reloj del ayuntamiento marcaba el comienzo del crepúsculo. La luz color sepia, cubría como manto sutil los diversos instrumentos en la estancia: lupas, lentes, microscopios y otros elementos de óptica. Los destellos de los prismas y utensilios propios del oficio de pulidor de lentes, proyectaban haces multicolores por todo el recinto confiriéndole un aura mística. Refracciones y proyecciones, convergían o divergían, según incidieran en ellos los luminosos haces, dando la impresión de que allí se llevaba a cabo uno de esos ensayos que los maestros flamencos realizaban en sus talleres de Brujas o Rotterdam, con la cámara oscura, esa impresionante y revolucionaria técnica de la ciencia óptica aplicada a la pintura. Apilados junto al lecho que precedía aquella franciscana habitación, se veían diversos libros, manuscritos e infolios avejentados. En los lomos podía leerse: *Elementa Euclidianae*, *Discours sur le methode par Renatus Cartesius*, *Metafísica de Aristóteles*, *Comentaria Hebraicorum*, *Opera Averroensis*, etc.

Frente al amplio ventanal, lo único verdaderamente espacioso allí, absorto con sus vivaces ojos fijos de tono castaño, con su sempiterno gesto de melancolía, Baruch Spinoza (Benedicto de Espinosa como prefería en homenaje a sus ancestros sefarditas) descifraba unos complejos caracteres hebraicos. De su pipa salían ligeras volutas que lo envolvían como fantasmas perezosos. Unos ojos lo miraban desde la penumbra que empezaba a surgir. Se entreabrió la puerta; el filósofo, que seguía absorto, no escuchó el chirrido que hizo al abrirse.

—Perdonad maestro Spinoza, ¿puedo importunaros? —dijo la joven casamentera, en tono angustiado—... debo advertiros sobre algo que os concierne —susurró desde el umbral para no importunarle, con su voz suave y argentina.

Spinoza permanecía en silencio, como una estatua de sal. Su característico perfil aguileño, cobraba más intensidad con aquel tinte espectral de luz agonizante. El filósofo sólo atendía en ese instante a Aristóteles, comentado por Averroes, quien a su vez citaba al *doctor universalis Tomás de Aquino*, en un profundo asunto ontológico. La mujer insistió, con angustia, pero era costumbre del sabio no recibir visitas mientras estudiaba; entonces abandonó el cuarto. Al retirarse, cerró la

puerta cuidadosamente, con el peso de la inquietud en su corazón; por azar, había escuchado una charla inquietante que involucraba al filósofo, al pasar ante el Ayuntamiento.

El leve quejido de la puerta no quebró la concentración de Spinoza. Tras un rato, levantó los ojos del laborioso texto y entre una onírica cortina de brumas, vio el exquisito perfil femenino hundiéndose en la semipenumbra, alejándose morosamente del quicio. Sonrió. Pensó en la belleza. Pasaba sus horas embebido en la lectura, y al terminar, la realidad parecía desmoronarse en miríadas. Se asomó a la ventana, y en lo alto ya brillaba Hesperos, la estrella vespertina proclamando la noche inexorable. Si fuera un maestro en pintar con la luz, como Rembrandt, *pensó*, esa simple imagen: ese perfil, por un breve instante, sería mi epifanía definitiva... Spinoza pensaba que todas las cosas eran manifestación de una sola: el principio de la *causa sui*, la génesis de su sistema filosófico. Algo, quizá una necesidad imperiosa de hundirse más profundamente en sus cavilaciones, lo impulsó a caminar por el mercado. Mientras el viento agitaba sus cabellos ralos, colegía sobre la manera de cuadrar el círculo y explicar las contradictorias pasiones humanas por medio de elegantes y precisas fórmulas geométricas. Yendo por las calles de Amsterdam ajeno a todo, incluso a si mismo mientras caía la noche, a su alrededor los vendedores de especias de la India y de sedas de la China, mercaderes de ópalos y amatistas de África, ofrecían aun sus mercancías a los viandantes. Spinoza se detuvo con deleite en una piedra extraña y, luego, en un cangrejo. Las vetas blanquecinas y diamantinas de la piedra, a veces azuladas, según la perspectiva, no pudieron dejar de sustraerle de la idea de esa entidad abstracta: la *substantia* y su manera misteriosa de obrar. La pluralidad. Las bifurcaciones de la compleja maquinaria del animal marino a su lado.

-Causa sui: sólo aquello que es necesario, y por tal razón perfecto, tiene que existir sin intervención de ninguna causa exterior -murmuró, recitándose el opúsculo, ante el vendedor desconcertado por la actitud del sabio, que creyó, cerraría las ventas con broche dorado.

B

Desde varios meses atrás estaba inmerso en la redacción de esa obra colosal, la culminación de su pensamiento, de su sistema filosófico y testamento intelectual. La Ética sería su lente más elaborado, un instrumento perfecto de observación del alma humana, del mundo e incluso del mismo Dios. El carácter humano demostrado por medio del orden y elegancia de la geometría euclidiana. Esto era lo único que ocupaba su mente. La excomunión, a la que lo habían sentenciado sus propios congéneres, los judíos holandeses, en solemne ceremonia en la sinagoga, le tenía sin cuidado.

"¿A Él... qué puede importarle mi destino, mi insignificante destino?", le preguntó al rabino, cuando terminaba de leerle la condenatoria sentencia, el *herem*, la maldición de los hijos de Israel. Spinoza no pudo evitar una sonrisa sardónica, entre la burla y la solemnidad, tan característica suya, cuando la letanía de maldiciones crecientes en la densa penumbra que tenebrosamente crecía a medida que el rito avanzaba y las velas

ceremoniales se apagaban, símbolo del momento en que el mundo retornaba a la oscuridad primera, entre las lúgubres llamadas del cuerno ceremonial, desterrando así, al blasfemo Baruch Spinoza de su seno. Era la muerte de su *ethos* judío, que salía de los labios del rabino: «Maldito sea al acostarse y al levantarse...; maldito sea de noche y de día...; maldito sea al entrar y al salir...; maldito sobre todos los animales y las cosas... Maldito sobre todo...» Benedictus era ahora Maledictus. El rabino y toda la judería de Holanda, se rasgaban las vestiduras por una simple razón: discrepar del dogma teológico. Un pensador tiene la necesidad de ser un libertario y ese era su ideario. Su tratado Teológico-Político, donde sostenía que los milagros no eran más que utopías, y la sagrada escritura era una invención literaria, le granjeó la abominación del gueto y el escarnio de la judería. En su férreo estoicismo, justificaba la ignorancia oscurantista de los doctores de la ley, diciendo para sí, que los ciegos nunca verán la verdad aunque esta brille ante sus ojos. Todo no era más que palabras. Simples y llanos símbolos del Logos para representar el complejo mundo con el transitorio instrumento de una lengua pasajera. También su Ética, con la diferencia que la obra la escribía para derrumbar ese abominable dogmatismo metafísico, era una obra hecha de palabras. Un monumental sistema filosófico, demasiado ambicioso para su tiempo y que habría de convertirlo en un filósofo maldito; un santo y un demonio; héroe y villano. “Los hombres no pueden desligar de su naturaleza el odio o el amor —pensaba—, permanecen esclavos de las pasiones, hasta la muerte”. El tiempo, la ciudad y la noche; el mundo y sus miserias quedaban atrás, a su paso caviloso bajo el brillo de la luna sobre los canales.

Aun la huella del carácter de la naturaleza humana, aleve o dadivosa, ante el rumor o el miedo de las ideas ajenas (las suyas) y su anulación por la muerte, latía en los entresijos de su memoria. Los orangistas se ocultaban tras las sombras como lobos. Un mes antes habían tratado de asesinarlo al salir del Ayuntamiento. *¿Soy un hijo dilecto del azar?*, escribió en su cuaderno de apuntes. Tiempo atrás, un carruaje se detuvo ante la puerta de la modesta pensión donde habitaba. El mensajero traía una carta consigo: Carlos Luis, serenísimo elector palatino, le ofrecía una cátedra de filosofía en la universidad de Heidelberg. Spinoza, tras leerla y meditar con prudencia, decidió rechazarla; fue igual con el monarca de Francia, Luis XIV el Rey Sol, quien tampoco pudo ganarse sus favores. Como una doncella virgen y veleidosa, no vendería su libertad por un puñado de joyas. Las metas del hombre sabio son siempre lejanas de las fanfarrias bronceadas de la fama y los caprichos de los poderosos.

C

Cuando la noche era ya un pozo hondo, los guardias comenzaron a salir con sus antorchas, conjurando su misterio. Spinoza retornaba a su morada, no sin antes dar un vistazo al profundo e insondable estanque bruñido por brillos de plata: era el cielo de ébano de Holanda, con su vasta y común perfección, el mismo que Atlas, en el vestíbulo del Ayuntamiento, cargaba en hombros.

“La fragilidad del hombre —se dijo—, su precario equilibrio, es un opaco reflejo del poderoso y plural orden de Natura. Somos seres contingentes y arrogantes...” Suspiró casi avergonzado de esa condición.

La república revolucionaria holandesa era la síntesis del pensamiento liberal del siglo XVII. Una porción de tierra sagrada para los hombres emancipados, sin los pesados grilletes del dogmatismo y sus enemigos, esos que perseguía obsesivamente la Inquisición en Italia o España, la tierra de sus antecesores sefarditas, de donde la mezquindad de un par de reyezuelos, los había desterrado; como con él mismo hicieran sus hermanos de sangre judaica en la infame sinagoga.

Al cruzar la calle, tuvo un presagio: como parecían tenerlo las moscas que usaba para realizar experimentos en su taller, cuando observaba la vida en el microscopio, el último avance de la óptica, depositando los insectos en la telaraña mientras agitaban sus alas con desesperación sabiéndose acechadas por el monstruo... Se adelantó, ocultándose tras un carruaje negro. Vigilando a través de los visillos pudo ver a los dos hombres buscando su rastro. Seguramente miembros del partido de los orangistas que estaban tras él, como galgos de caza. Cambiando con molestia su habitual ruta, Spinoza logró evadir a los dos hombres.

Parecían dos personajes de la Ronda Nocturna de Rembrandt. Ignoraban que aquel hombrecito de aspecto frágil y enjuto, era tan astuto como una ardilla. Al entrar de nuevo a su morada, la noche era dueña de todo con su reino de sombras. Bajo la puerta una nota en un papel rezaba: “...*Los t raidores enemigos del Estatúder y amigos de los bastardos usurpadores Jan y Cornelius De Witt, pagarán con sangre*”. La política antimonárquica lo atraía con el ideario liberal de los hermanos De Witt, Jan y Cornelius. El primero, gran pensionista de Holanda, era una figura que los partidarios del monarquismo del Estatúder, abominaban. En una ocasión, siendo invitado al hogar del gobernador Jan de Witt, su amigo y mecenas, éste le preguntó qué deseaba cenar. “Hogazas de pan, cualquier vianda ligera o bizcocho, señor”, respondió ante la mesa repleta, servida para un festín, que ni el mismo Guillermo de Orange habría rechazado.

-Es asombroso -comentó luego un comensal-, ver cómo el sabio Spinoza queda satisfecho con tan poco alimento; parece un gorrión.

Nubarrones de algodón gris, cubrieron la luna menguante. Spinoza rumiaba sus ideas, laberintos intrincados de axiomas y corolarios, al compás del tiempo fugándose en el reloj de arena.

-Es inexorable -murmuró- debo irme de Amsterdam; de lo contrario mi libro no verá la luz jamás. Me matarán y sólo mis ojos lo habrán visto.

Tres golpes, como redobles de timbal en el corazón del sentenciado, llamaron a la puerta. Una muchacha solicitaba la atención de Spinoza. Era la hija de un importante comerciante de sedas. Se levantó haciendo una venia ligera; preguntó por el motivo de la visita.

Ella lo miró con sus ojos de lapislázuli, que hirieron su alma como un haz de luz.

-Maestro, vengo a deciros que mi padre desea que comience con vos las lecciones de filosofía; si estáis de acuerdo... por favor, decídmelo —dijo la

joven, una rubia de belleza suntuosa, que traía a la mente la modelo de La Encajera de Vermeer.

—Por supuesto —respondió Spinoza, llevando a su boca el pañuelo para contener un ataque de tos—, mañana a las ocho estaré aquí mismo.

Se hizo un pesado silencio; parecieron escucharse pasos de furtivas sombras desde el callejón. La joven fijó sus ojos en unos manuscritos sobre la mesa: ininteligibles signos grabados sobre la hoja amarillenta del gran volumen. Indagó por el significado de aquellos caracteres.

—La Cábala: las distintas emanaciones de Dios y sus manifestaciones aparentes a nuestros sentidos... —replicó todavía más críptico que el texto— Asuntos místicos que estudio con gravedad, señorita mía.

La joven hizo una reverencia y extendió la mano enguantada en blanco cuero de oveja, para que Spinoza la besara. Mañana otra vez la vería de nuevo; ella era un regalo para sus días: hojas de otoño casi marchitas, tan cerca del invierno de la nada.

D

En la oscuridad unos ojos brillaron relumbrando de odio. La sombra de la joven subiendo al coche se fundió en la negrura. El destello de la hoja del puñal destelló en la cerrada noche.

—Debemos hacerlo: ésta vez no podemos fallar —ladró en flamenco el hombre embozado entre una bufanda de terciopelo negro, encapotado bajo un sombrero ancho con una forja en la cinta. Vigilaban la ventana iluminada al otro lado de la calle.

—Un filósofo amenaza más con sus ideas al Estado, que mil flotas de la Armada Invencible —dijo, casi pensando en voz alta.

Hizo un gesto al otro hombre, vestido de forma idéntica. Llamarían a la puerta y tendrían a merced suya al filósofo; con una estocada, cortarían de una vez por todas el nudo gordiano de los orangistas. Llamaron tres veces, golpeando con la aldaba en forma de triglifo.

—Maestro de Espinosa... ¿puedo hablaros un momento? —se oyó al otro lado de la puerta.

—¿Qué deseáis?; decidme, no puedo atenderos en este momento... tengo asuntos pendientes —respondió débilmente la voz del otro lado.

—Traigo un mensaje para vos, de parte del gobernador De Witt.

Al escuchar esto, Spinoza recorrió el pasador; una sombra, luego una luz débil perfiló una silueta. La puerta se abrió de par en par, bruscamente. El filósofo cayendo al suelo de espaldas, pudo entrever la hoja bajo el ascua del farol. La sombra se le abalanzó encima. "Traditore mori", le dijo en mal latín hundiéndolo el puñal varias veces. Los taconeos apresurados de las botas se perdieron calle abajo. Aturdido, el sabio se levantó; luego, cerrando la puerta de su estancia, arrastró la biblioteca para tapiar la puerta. Puso sobre la mesa el libro que llevaba entre las manos: la hoja del puñal estaba a medio hundir entre las páginas de la Torá y su capote estaba hecho jirones. "Dios me ha salvado, a mi pesar: Quod erat demonstrandum... Si permanezco en Amsterdam, le ahorraré trabajo al mal que me consume lentamente".

Escribió una nota excusándose ante el comerciante y su hija, a la que pensaba pedir en matrimonio. Dejaría la ciudad en menos de dos días.

¿Pero acaso sería posible ganarse el pan puliendo lentes: lo único que, aparte de escribir, hacía aceptablemente? La inquietud veló su sueño aquella larga noche.

El gobernador de Witt no le negaría su ayuda. La algazara matinal creciente con el ímpetu de los mercaderes y la agitada actividad política de Amsterdam, infundieron ánimo en el espíritu de Spinoza. Al tomar el puente camino al Ayuntamiento, fue interrumpido de pronto por un emisario.

—Maestro Spinoza, os advierto: no vayáis al Ayuntamiento —sentenció el hombre con tono agitado.

—¿Por qué razón pensáis que no debería hacerlo? —le replicó el filósofo.

—El gobernador Jan y su hermano, fueron muertos anoche por la turba —dijo lapidariamente—. Linchados; luego despedazados sus cuerpos y sus entrañas puestas en los cuatro puntos cardinales de la ciudad.

La cólera, pasión que Spinoza procuraba limitar, fue incontenible al escuchar la infame noticia. Las aguas plateadas del canal, fluyendo indiferentes a las futilidades y preocupaciones humanas, a sus vulgares contingencias, semejabán una sentencia silenciosa a su destino. “Dejarse ir... Y perseverar, perseverar en ser”, reflexionó con la ira bullendo por su cuerpo. “Las aguas van forjando su cauce; el mismo que las limita y evita que se desborden. Este es mi destino, ser un paria”.

Redactó, llevado por una febril agitación interior y repentina, un panfleto que luego distribuyó con mano propia por cada calle de la ciudad. «*Ultimi barbarorum*», era su venganza contra los asesinos de sus protectores.

Una mano se tendía en su ayuda: partidarios de los De Witt, le ofrecieron un refugio seguro en Leiden. No pudo hacer otra cosa que aceptar, pese a su orgullo. Supo que su cuerpo ya no tendría reposo; su alma, huésped pasajero, había de abandonarlo del mismo modo, en breve.

Recogió sus efectos personales: libros, lentes, un par de trajes modestos... y partió junto a su mal. Cuando abandonaba Amsterdam, alejándose por el verde mar de las praderas de tulipanes, la contempló como un puerto brumoso esfumándose en el horizonte. Era una sobria pintura de Van Ruisdael, pero ya no le daba consuelo: supo que la tisis, ese franco portavoz de la muerte y no el falaz puñal de los bárbaros traidores, le pondrían fin a sus días; las miserias de su condición hallarían un ligero consuelo en Leiden, exiliado en su torre de marfil hecha de metafísica y palabras relumbrantes, viviendo en una humilde choza, pero esforzándose en hallar la *substantia*.

El Ángel de la Muerte

"Pónganse seis balas en una cacerola previamente calentada hasta el rojo vivo en parrilla eléctrica. Espolvóreense luego en agua bendita obtenida de la pila de una iglesia, o suministrada, garantizada, por la parroquia de San Judas

Tadeo, barrio de Castilla, comuna noroccidental.

El agua, bendita o no, se vaporiza por el calor violento, y mientras tanto va rezando el que las reza con la fe del carbonero: "Por la gracia de San Judas Tadeo (o el Señor Caído de Girardota o el padre Arcila o el santo de

tu devoción) que estas balas de esta suerte consagradas den en el blanco sin fallar, y que no sufra el difunto. Amén"

La Virgen de los Sicarios, Fernando Vallejo

1

"La guerra saca lo peor y lo más excelso, desde la grieta más profunda del alma humana." Eso decía en uno de los papeles del maletín. Ahora lo pienso y lo digo, sino con tranquilidad, al menos con conocimiento de causa. Hoy parezco limpio: vestido con un impecable traje azul oscuro, camisa blanca, corbata amarilla y el pelo engominado echado hacia atrás. Un hombre nuevo. Nuevos como dejaban a los muertos en las funerarias del Magdalena Medio. Esos muertos de las masacres que desearía olvidar pero ya no puedo. Si me hubiera visto cinco años antes no me habría reconocido. Andaba con una ametralladora terciada al hombro, sentenciando como un ángel bíblico a todo el que se me antojara sentenciar. Una tarde de verano, recuerdo, llegamos a un pueblito muy pobre: un burro estaba amarrado en uno de los pocos postes que llevaban el alumbrado eléctrico; rebuznaba, y yo estaba cansado, porque las botas me tallaban como si me clavarán puntillas al rojo vivo en los pies. Caía el sol a plomo. En mitad de la plaza empezamos a leer a través del megáfono los nombres de los que debían presentarse ante nosotros. Como en el pasaje de la Biblia cuando el ángel en Egipto viene enviado por Yaveh. La rutina era esa. Llamarlos, llevarlos y listo: fumigarlos. Esto puede que no tenga nada de particular, lo que me llamó la atención ese día fue que en el bolsillo del pantalón de uno de esos que ejecutamos, encontré esto...

La noche que sale a buscar sombras

Levantándose tras los cerros rutilantes

Entre lucecitas titilantes donde laten

Melancolías esperanzas y amores;

Mientras la ciudad se dilata con la lluvia

Y los faroles proclaman la noche.

Y en la morgue aguardan por nosotros las moradas

De metal y olvido

Entre la muerte y las cenizas...

Me gustó y lo guardé. A veces lo saco y lo leo, pero no entiendo eso de que la noche salga a buscar algo, como si fuera una persona como uno: esas cosas no tienen sentido para mí. Nunca me gustó la poesía: siempre he tenido un modo práctico de ver la vida. Lo único que tiene sentido para mí son los impulsos de mi naturaleza. Ahora, tras haber tenido la decisión de dar o quitar la vida a nuestro antojo, como Dios, la sociedad nos ha redimido: nos borra nuestros pecados y nos da una nueva oportunidad en esa "nueva vida", como dicen los políticos que se la inventaron. Pero yo no descansaré hasta ver acabado con el último de los que no entiendo cómo, ni porqué, piensan así como piensan, esos: los otros, mis enemigos. Aunque he querido olvidar no he podido. Desde que llegué a Bogotá, creo, que empecé a volverme loco. Nunca pensé que las inocentes luces que se desparramaban por la colina significaban semejante caos. (Paras, nos llamaban allá... aquí nos dicen desmovilizados) Yo no le

encuentro sentido a esa denominación. Como queriendo decir que no podemos movernos. Que somos inmóviles y no podemos obrar. Es igual que pensar que en las tinieblas de la noche, por ausencia de luz, no existen sombras más hondas.

Llegué a esta ciudad fría, un día de un año cualquiera; yo ya no retengo fechas, ni me interesa hacerlo: después de que se ve a la muerte a la cara, con su gesto macabro, esto y aquello, valen mierda; el tiempo es relativo. Luego de dejar a mi compañera inseparable, la M16 que nos dieron para defendernos de los guerrillos de las FARC y el ELN, en el monte, ante una mesa nos dieron un papel que firmamos, un documento donde nos comprometíamos a no seguir matando.

Entonces nos dieron un cheque para defendernos en esta ciudad del infierno. Había opciones: ser taxista, o escolta, o vigilante o informante; meterse al DAS a hacer contrainteligencia... a sapear a los sapos. Judas traicionando a Judas. Desde luego también existían otras opciones más "limpias" como solemos decir. Fue en una charla de resocialización con una fundación, donde me presentaron al pastor. Un tipo alto de piel morena, de esas que curten los vientos de los manglares en la Costa, de manos endurecidas por el trabajo que hacía antes, y que seguramente era recoger algodón, me estrechó la mía afectuosamente. Me dejaron sólo con él. Su mirada era poderosa. Me empezó a hablar de Jesucristo con voz estentórea. Mientras lo hacía, yo pensaba en las orgias de sangre que llevábamos a cabo durante las masacres. En las que violábamos las mujeres, decapitábamos a sus padres y hermanos y esposos.... El reino de los cielos está abierto a los hijos de Dios me decía y entonces veía por encima de su cabeza y del trono celestial y dorado a una mulata de nalgas inmensas como cocos con el pelo azabache y voz aguda gimiendo implorando por su dignidad y nosotros deleitábamos nuestros impulsos de machos en celo: Sí sí hermano mío decía mientras ella gritaba No...No... Sí el cielo, el cielo! Ése es el cielo, hermano decía mientras a la distancia resonaban trompetas rutilantes del Apocalipsis....

2

Algo curioso sucedió. Yo no soy un tipo ignorante absoluto, valga aclarar. Les diré simplemente que nací en una familia de terratenientes de Córdoba. Desciendo de libaneses y de indígenas: iqué mezcla genética! Miren los resultados de esta raza bastarda que llevo en la sangre, en las venas, como un odio vesánico. Hitler tenía mucha razón, las razas, como el agua y el aceite, no se deben mezclar, eso lo leí en ese libro famoso que escribió: Mi Lucha. También leía a Marx en la facultad de derecho, eso antes de ser llamado por las facciones paramilitares a comandar un frente. Pero este es un conflicto donde lo racial no es importante, es lo ideológico: el poder. Entonces lo curioso, de lo que iba a hablar, fue que empecé a interesarme por los asuntos bíblicos a partir de esa charla. En la religión evangélica, protestante o como se llame, se habla de valores, de hombres celestes que casi levitan sobre el sucio suelo. Eso es mentira: los seres humanos somos granujas, cabrones por excelencia. Puedo demostrar ese axioma con mi propio ejemplo. Tomé los textos desde el Génesis, pasando por la furia de Dios en Éxodo, Levítico, Deuteronomio y

Números y tuve una epifanía, la verdad que nos revela el hacedor y destructor de las cosas bajo esta suerte de velo negro puesto sobre nuestros ojos, ese marasmo diabólico que llamamos mundo. En un capítulo, el doce del Éxodo, a medianoche, como hacíamos nosotros, el Señor decide exterminar a los primogénitos de Egipto. El Faraón se levanta y su grito, como los gritos de los dolientes, resuena por las inmensas galerías del palacio: ¡Por qué mi hijo! Todos los primogénitos yacen sin vida. El ángel de la Muerte, enviado por el Señor pasará por cada dintel, por cada puerta para castigar... y si ve sangre de cordero fresca allí, pasará de largo, de lo contrario.... Dios ejercerá su furia *ad libitum*. La noche, plagada de puntos titilantes diminutos y remotos, rumores del campo, voces que se apagan en medio de las vastas tinieblas y un rumor de río. Absorto en la contemplación del firmamento y sus misterios, de pronto surgió la voz marcial del comandante, Prepararse la tropa. Llamábamos entonces a las puertas como aquel ángel de la muerte en mitad de la noche, entonces venía el trámite, la cotidianidad de la guerra. Ningún dintel estaba exento de ser azotado por nuestra furia apocalíptica. Violábamos a las mujeres, sacábamos a los hombres y los despachábamos con una ráfaga atronadora que despertaba al universo entero del letargo, del sueño del dios Pan cuando pisa la tierra. Los perros comenzaban a ladrar en la distancia, rasgando la noche, se escuchaban los estertores de la agonía, los llantos de las mujeres y las niñas. Vámonos rápido hijueputa, bramaba el comandante.

Ahora me veo directo a los ojos: no existe vergüenza. Yo sé lo que significa la guerra. Detesto cuando a veces tengo que soportar esa gente que se dice izquierdista con su discurso revolucionario, sus disertaciones sobre la revolución rusa, sobre Lenin, sobre Marx, sobre Stalin, sobre el posmodernismo: esos maricas no saben nada. Nunca han tomado un arma en sus manos y se han deleitado con la sangre ajena y la agonía. Sacrificar un ser humano, para mí no, es menos que hacerlo con una vaca o un marrano. Todo se relativiza de acuerdo a nuestras necesidades.

3

Llevo casi seis meses asistiendo al culto cada domingo, sin falta. Hay una mujer que me gusta y creo que yo a ella. Nos miramos con cierto morbo. Me gustan sus nalgas y sus caderas y su cara de puta inocente. Es difícil sacar el monstruo de adentro y reemplazarlo por un alma pura. Con el pastor hemos hablado de ontología. No soy muy versado en eso. Sólo sé que lo que constituye al ser son sus atributos. Y mis atributos principales son una gran debilidad por el poder y las mujeres bonitas. El arma en manos de un hombre le otorga poder infinito, sobre todo cuando sus enemigos están inermes. Equiparan fuerzas. Nos hacen superiores a los débiles. Un domingo a las once de la mañana me paré ante el atril. La imagen del video está algo amarilleada por la memoria, por el paso del tiempo. "Hermanos —recuerdo que dije con gran asco, pues cuántos de esos que me miraban desde las sillas plásticas, las mismas que quedaban ensangrentadas luego de las masacres en los centros comunales de los pueblos por los que pasábamos, tenían una posición ideológica opuesta a la mía— agradezco que la vida me dé hoy una nueva oportunidad en

Cristo... Sólo en Él hallaremos la luz, el camino, la verdad y la vida... —iba leyendo las letras sobre la hoja, como un discurso del día de independencia, con ese regusto de asco en la boca al mirarlos, igual que en mi primera comunión— nos ha otorgado la vida terrenal y pasajera, pero tenemos que bautizarnos en su fe como he decidido hacerlo hoy en estas aguas vivas... y renacer a una nueva existencia.” Vinieron cantos, alabanzas, piezas dramáticas de pésima calidad, siguieron luego hombres y mujeres que se revolcaban como posesos bajo el supuesto influjo de espíritus, legiones enteras de demonios como los que se desbarrancaron encarnados en una piara de cerdos por orden de Cristo.

Con la mujer del culto, la muchacha de cara inocente, al fin nos acostamos. Resultó como lo pensaba: una puta en la cama. Me hablo de vivir juntos y de matrimonio. Yo rehúyo el tema hablando de otras cosas, Hábleme de su vida, le dije. Dice que ya se casó una vez y que está decepcionada de los hombres (pero no se niega tampoco el placer que le otorgan). No es tan elemental como otras que asisten al culto, y que por lo general son empleadas del servicio, aseadoras, o trabajadoras sexuales que tratan de salir del vórtice infernal de la prostitución. Son mujeres que no les interesa en el fondo la religión: buscan una salida a una vida convertida en infierno. Ella estudia en la universidad para ser profesora de educación especial. Me dice que los niños discapacitados le inspiran compasión. Yo creo que en el fondo la compasión es desprecio y odio; es más puro el acto del crimen, que acaba de raíz con los males que trae consigo la vida. Es purificador como el fuego sobre los hijos de Leví. Por lo pronto decido andar con buen paso hasta que por lo menos comience el curso de teología para poder aspirar a ser pastor, a presidir el culto y conseguir algo de poder que compense el otro que perdí.

He vuelto a tener pesadillas: Caminamos por un descampado mientras brilla la luna sobre los campos y en la distancia se escuchan vallenatos. Se oyen madrazos, insultos y gritos de júbilo, ¡Ay´hombe!, gritan. De pronto no sé cómo, aparecemos en el umbral de la puerta y sin proferir palabra se enciende la motosierra; montamos guardia escuchando los gritos de desesperación. Se les acabó la fiesta hijueputas dice alguien y la letanía de ráfagas inunda el recinto que unos segundos antes fuera jolgorio y parranda; entonces empieza a caer una llovizna bajo techo. Miro mis manos y corre sangre por ellas por y todo mi cuerpo: veo alrededor y todo es sangre, sangre y más sangre, charcos de sangre, ríos de sangre, océanos de sangre. Despierto sudoroso y doy vueltas por el apartamento oyendo el tic- tac del reloj que exacerba mi lucidez. Es un trastorno compulsivo-obsesivo dice Sofía, la sicóloga. Hay un punto donde, a fuerza de costumbre, las actividades que se realizan se convierten para el cerebro en órdenes rutinarias. Matar también se vuelve una costumbre, como ordenar libros o carpetas, limpiar pisos, hacer panes, recoger café o algodón. Hay que ordenar las piezas, aceitarlas, preparar la munición, practicar polígono. Entonces, cuando se aprehende el mecanismo, el procedimiento para llevar a cabo las operaciones, ahí ya uno se olvida de sí mismo y se vuelve una máquina. Lo que en el conductismo se conoce como lavado del cerebro, programación de la memoria procedural.

Poníamos música para habituarnos a ignorar los gritos, para hacer de cuenta que lo que escuchábamos era un fondo musical en mitad de un sueño.

4

Luego de desmovilizarnos, el Ministerio nos asigna un sicólogo para evaluar el estado mental de cada uno. Nos entrevista cada tanto y, otorga o niega, el visto bueno. Consideran que pasar del fanatismo militar al religioso, es un avance, una rehabilitación. Hasta el propio Freud ignoraba lo que se agita en el bullente crisol de la conciencia humana. Mi sicóloga se llama Sofía. Es una rubia voluptuosa, de caderas anchas, ojos color miel, pelo lacio, usa minifalda y sacos de lana. Y desde luego, tiene gafas. Su despacho está decorado con variados títulos: Freud, Hegel, Wittgenstein, que seguramente no ha leído. Yo mientras le hablo la analizo. Creo que también le gusto.

Hace unos dos meses empezamos a salir, y bueno, ustedes sabrán que pasó. Tengo el camino libre para moverme, hasta cuando dure esta relación. Un domingo en mitad de la célula, el estudio semanal de la Biblia, timbró mi teléfono. Era Mario, un viejo comandante del bloque.

—*Le tengo un negocio* —me dijo.

—Ahora no puedo hablar, primo —contesté disimulando.

—*Son unos cuantos "palos", eso le sirve para las cervezas y uno que otro gustico de esos que tanto le fascinan, cabrón* —replicó con esa carcajada característica suya.

Le dije que andaba juicioso y que no me provocara con esas vainas. Dijo que nos viéramos donde las paisas del barrio Santa Fe, que viera que era una buena "platica" y que además hacíamos lo que nos gustaba. Dudé, pero por fin, acepté la invitación. Ya me comenzaba a habituar a la nueva vida pero cuando entramos, todo volvía a ser lo mismo. Fue pidiendo media de guaro y dos viejas. Yo le susurré al oído que estaba en periodo de abstinencia, y que donde se enterara el pastor, les pasaba el reporte a los del Ministerio de Justicia. Otra vez la carcajada escandalosa, entrecortada por resuellos.

—No sea marica —dijo—, si en este gobierno tenemos las garantías del comandante "U", el gran jefe. No va a pasar nada.

La vuelta consistía en esperar a un periodista, seguirlo, memorizar su rutina. Saber a qué hora salía y para donde; cuándo y con quien volvía. Si tenía contactos con guerrillos, y por último silenciarlo.

—Esta vida es la que uno se merece, *primo* —me dije riendo, mientras le cogía las nalgas a una paisa.

Así quedamos con Mario. No le puedo dar la espalda; aparte de que sé muy bien lo que me puede pasar, tengo una deuda moral con él. Hablé con el pastor, y justificando mi ausencia, inventé que mi abuela estaba enferma y solicité permiso de dos semanas para viajar. Me dio una Biblia bendecida, muy conmovido. Posando sus manos sobre mi cabeza, lanzó su sarta de bendiciones para que mi empresa fuera exitosa y mi abuelita saliera adelante de su crisis. Me perdí del rastro de todos.

5

Tal como habíamos acordado, al otro día, estábamos frente a una lujosa casa del barrio Palermo, montando guardia desde un automóvil muy fino. Llovía, y los vidrios empañados no nos dejaban ver bien. Fumamos como puta esperando la cita que no habría de llegar jamás. Hasta que por fin salió un Mercedes Benz negro. Bajó por la carrera veinticuatro hasta la calle veintiséis; luego tomó la séptima hasta el Palacio de Justicia. Por la tarde, a eso de las seis, salió hacia el norte por la séptima. El tipo se tomó un par de tragos en la noventa y tres; luego, llegaba a uno de esos barrios populares por la autopista Medellín, esos donde el invierno anega de barro las calles y el verano ensucia los zapatos nuevos con tierra. Entonces, satisfecho, seguramente tras follarse a su amante, una muchacha que vivía allí, salía para su casa. Nosotros lo perseguimos igual que en las series americanas de mi infancia, con el cigarrillo en los labios pistola en mano y el viento desordenando los cabellos como un gran secador de peluquería, mientras la ciudad se desparramaba en luces fugaces a nuestro paso (igual que cuando llegué), parecía que en nuestra renovada cacería tomábamos nuevas fuerzas. Como el tipo no variaba esa rutina, solamente había que concretar el sitio y la hora del trabajo. La noche anterior me trajo remembranzas. Marcos sacó de su bolsillo aquel polvo mágico, y lo puso en líneas cuidadosamente paralelas y ordenadas sobre el vidrio. Un solo viaje y todo un caleidoscopio de imágenes desfiló ante mis ojos: profetas barbudos, mujeres lujuriosas, guerras, crímenes, latrocinios, sacrificios... polvo de ángeles.

—Entonces... —solté inconscientemente, seguramente por el efecto benéfico del “Pérez Prado”—, ¿será que volvimos al redil de nuevo? ¿Recuperamos el estatus, volvemos al monte otra vez?

Mario alzó los hombros, displicente. Se irguió apenas lo suficiente para servir un chorro del líquido dorado: El regalo de Chivas, mirífico, dorado, gratificante.

—Yo no sé hermano —contestó al fin, tras beber de un sorbo el elixir, con su escueto acento paisa—. Lo único cierto es que esta maricada tiene que salir bien *parce*, o si no, usted sabe bien qué pasa... Al patrón no se le puede boletiar así: nos vamos a chupar gladiolo también.

Esa mañana, de ese día en que comulgaría de nuevo con la muerte y la sangre, llevé a cabo un ritual místico: tomé las balas y las puse en una olla donde vertí un litro de agua bendita, las puse a hervir mientras pedía a Dios y a la Santísima Virgen que no me dejaran fallar: porque si uno queda mal con los patrones, seguramente le espera un lugar bajo la tierra, al lado del muertico que uno mismo mató. Me había levantado temprano y me puse un pantalón de paño negro y una chaqueta de cuero. Era la misma que usé en mi primer trabajo. Me persigné y colgué en mi cuello la medallita de la Virgencita de Guadalupe. Puse un poco de música y me tomé mi primer güaro. Eso despeja la mente y no deja que el miedo desvíe de su destino las balas. Aunque la idea era hacerlo en la noche, yo me puse a montar guardia el día entero en una cafetería frente al sitio de trabajo del objetivo. Fumaba y tomaba aguardiente. Necesitaba calmar las ansias, la furia y el demonio que llevaba dentro tanto tiempo y no había dejado salir ni siquiera con el sexo, que en el fondo es una representación

del combate, de ese odio que llevamos en el alma y tenemos que sacarlo de alguna forma, con sangre o semen de nuestro cuerpo, o si no, nos enloquecemos porque nos carcome vivos. Mientras daba vueltas como un león, surgió de entre las sombras de la noche que caía sobre la ciudad, vestido de negro con una gabardina italiana lujosa, avanzando por un estrecho callejón de cafés: esos que quieren parecerse a los europeos, donde los burgueses toman su whisky o su café con amaretto: no había duda ese era... avanzando lento en su postrera marcha hacia las fauces de la muerte. Me preparé para sacar la ametralladora y accionar el gatillo. No reconocía sus facciones; uno nunca se toma esas molestias. Me acerqué a una distancia prudente y le pregunté, con cortesía falsa para no alertarlo, si él era el conocido periodista. Si hubiese sabido que yo era su ángel exterminador, no me hubiera contestado en ese tono ofensivo y displicente, ¿Qué qué era lo que se me ofrecía. Disparé. La ráfaga hizo que las palomas que picoteaban alrededor volaran en bandada y la gente empezara a gritar histérica. Yo caminé tranquilamente después de coger el maletín, crucé la calle atestada de carros y paré un taxi. Lléveme al aeropuerto, le dije. Todo habría sido irrelevante de no haber sido por lo que encontré en el maletín.

Yo no sé cuáles serán los designios de Dios, pero se crea o no, había una gruesa suma de dinero y el poema, ese mismo sin cambiar una sola letra, estaba entre los papeles del tipo. Me quedé frío. ¿Qué señales me trazaba el destino? Tenía que bajarme y hacer transbordo pero estaba tan ensimismado, que me olvide y fui a dar a un descampado cerca al aeropuerto. No hallaba que hacer. Pensé que al fin el Todopoderoso me castigaba con la simpleza de un papel escrito. Busqué en Internet: nada. Parecía una broma del destino. La pita de la cordura se me rompió. Una idea dio vueltas en mi cabeza como si fuera una polilla que busca desesperada la luz de la vela: retornar a trabajar, en lo que sabía hacer bien. Luego del encargo, volví a la iglesia, como el hijo prodigo o la oveja descarriada vuelve al redil. Hubo abrazos, bendiciones y agradecimientos a Dios con los ojos cerrados y las manos levantadas al cielo. El pastor me preguntó por mi abuela. ¿Cuál abuela? dije. No sabía de qué me estaba hablando: además tenía metido en mi cabeza eso del poema. Recordé la mentira que le había dicho. Inventé una respuesta que obviamente, supo de inmediato, era falsa. Mirando sus ojos de hielo, tan fríos como si fuesen los míos, tomé la decisión de salirme de esa farsa. Llamé a Sofía. No me respondía el teléfono. Supuse que había conseguido otro, un mocito para que le apagara la calentura. Dejé un mensaje en el buzón de voz, advirtiéndoselo: donde la viera con otro cabrón, se lo mataba. Entonces me llamó llorando. Le pregunté que qué era lo que pasaba. Que mataron a mi tío, dijo. Cuándo, le pregunté. La semana pasada saliendo de la universidad, contestó. No respondí. Me quedé frío. Tanto así que me preguntó qué me pasaba. Nada. El tío era ese periodista que quebré. ¿Y qué, entonces nos vamos a ver?, me arriesgué a decir. ¿Te vale huevo cierto? ¿Te importa un culo el dolor de los demás, cierto?, respondió. ¿Y yo que puedo hacer; me vas a echar la culpa a mi?, le dije con cinismo.

Así es la vida: hay cosas que no se pueden cambiar: el ya está muerto: ¿o te vas a enterrar con él?

6

Puse en blanco mi cabeza. Traté de olvidarme del gusto agri dulce de la recaída; igual que el león que deja la sangre y luego se deleita con ella, pero se compadece por el dolor de la víctima. Absurdo. Al otro día luego de la faena con Sofía, su reacción fue distinta hacia mí. Pensé que era uno de esos arrebatos de las mujeres. Pasaron varias semanas y me di cuenta que algo andaba mal. Uno nunca debe fiarse de las mujeres, decía Marcos. Tenía razón. Me mandó llamar el pastor. Estoy preocupado, dijo. Tengo informaciones de una fuente confiable, de que ha reincidido en sus malos pasos. Eso no es cierto, dígame quién le dijo eso, respondí. Su expresión era, a diferencia de las veces anteriores, distante, desconfiada y fría. Tengo que lamentablemente, informarle, que debo tomarme un tiempo para considerar su permanencia en la Iglesia. Entiendo, dije. De verdad no entendía lo que estaba pasando. Entonces até cabos. Esa noche en que me acosté con Sofía, estaba bastante borracho y ella, que siempre es medida en eso, prácticamente me llevó hasta la cama ebrio. Recuerdo vagamente que me levanté y entré al baño. Cuando salí, mi cabeza era un globo que creí que iba a estallar en cualquier momento.

El mundo parecía líquido, transparente, hecho de látex o vidrio pulimentado. Arremetí con fuerza dentro de ella. Luego, me dormí. Al otro día tenía la boca reseca; recordé que había hablado dormido. Necesito que hablemos, dije con voz arrepentida en el mensaje del buzón de voz. Sofía nunca apareció. Entonces en una noche de relámpagos, recibí la llamada que para mí fue como la ira de Dios. "Hermano, me tengo que volar de acá", me dijo entrecortándose la voz inconfundible de Marcos. "Es difícil contárselo por aquí, luego hablamos". Nos estaban siguiendo la pista por la plata del maletín.

El pastor me delató al Ministerio de Justicia. Al otro día, de seguro, me iban a poner vigilancia: casa por cárcel, con suerte; o muerte, sin ella. Esa noche empaqué todo dentro del maletín. Cogí un taxi: lléveme al barrio Santafé, le ordené. Sandra, la puta paisa me entregó sus carnes esa noche, a manera de despedida. Salí temprano el domingo. Me puse el mejor vestido, iba afeitado y perfumado. Y como si fuera una flor en el ojal, me puse las gafas oscuras. Desde el umbral, se escuchaban los gritos, las alabanzas, el pésimo show al que ya me estaba acostumbrando. Tanto era el paroxismo que nadie se percató de mi presencia. Cuidadosamente me ubiqué en el último puesto. El pastor me hizo llamar desde el estrado para presentarme pensando que era una nueva oveja descarriada. Por favor, cuéntenos por qué estás aquí, hermano, me dijo. Despacio, abrí el maletín y ante la sorpresa de todos, gritando por el micrófono, dije, Soy el ángel exterminador y he venido a acabar con todos ustedes, hijueputas traidores. Abrí fuego. Por entre las blancas sillas plásticas manchadas de sangre, caminé hasta la salida mientras todos gritaban y corrían. Siguiendo un impulso indescriptible, me agaché y del bolsillo de uno de los agonizantes saqué un papel manchado de sangre: el círculo del eterno retorno se ha cerrado, pensé, cuando leí

otra vez el poema... ese maldito poema que me persigue a todas partes y del que ahora estoy huyendo y no puedo dejar atrás, ni siquiera arrojándolo al río del olvido, al que arroje el maletín con el dinero.

Bienvenidos al infierno

"El acto surrealista más simple consiste en salir a la calle con un revólver en cada mano, y a ciegas, disparar cuanto se pueda contra la multitud. Quien nunca en la vida haya sentido ganas de acabar de este modo con el principio de degradación y embrutecimiento existente hoy en día, pertenece a esa multitud y tiene la panza a la altura del disparo"

André Breton

1

El 4 de diciembre de 1986 el viento de la noche fría cortaba la piel como una navaja de hielo. En dirección al norte, sobre la calzada sur de la Carrera Séptima, un hombre avanzaba con paso decidido. Su apariencia no despertaba sospechas. Aunque no parecía alterado, era presa de la adrenalina que bullía por todo su cuerpo como el magma de un volcán a punto de estallar, a minutos de ejecutar un plan macabro que había estado fraguando silenciosamente durante mucho tiempo, en el silencio de su corazón. Llevaba los dos primeros botones de la camisa sueltos a pesar del gélido viento. Unas cuadras más adelante, y a esa misma hora, cerca de las siete de la noche, los clientes comenzaban a llegar al elegante restaurante Pozzetto, ubicado en el exclusivo sector de Chapinero. Nadie, ni los arúspices de turno que entrevén desgracias en colillas de cigarros y en el fondo de las tazas de chocolate, acertaron a adivinar que la inapelable reunión que el destino había concertado a los comensales con la muerte, estaba a punto de empezar. En el salón principal, en torno al pozo, las mesas permanecían dispuestas simétricamente dando la impresión de un orden perenne, de una sensación de austera sobriedad atemporal. En sordina, llegaba el rumor del caos callejero, colándose entre la plácida música de piano del local. Lo que sucedía más allá de las ventanas parecía ajeno e insustancial, comparado con la suntuosidad y la elegancia que imperaba allí dentro.

Algunas mesas permanecían vacías; estaban reservadas con antelación por los clientes asiduos que disfrutaban con la buena comida del lugar. Los ausentes afortunados, que por una u otra razón o simplemente por giros del azar no llegarían esa noche, darían luego gracias de no haber ocupado su puesto. Los presentes disfrutaban animadamente de la velada que apenas empezaba y que prometía ser perfecta. Las luces verdes y rojas del árbol de navidad, iluminaban los rostros sonrientes, mientras meseros de punta en blanco, iban y venían trayendo consigo viandas, botellas de licor y sendos platillos en samovares plateados. Todo tenía un carácter fastuoso, haciendo que aquel lugar, en apariencia común, transmitiera una sensación de agradable intimidad. Justamente, en una de las mesas cercanas al pozo, se encontraban tomando el aperitivo Marisol Pérez, junto a su esposo, el mayor Andrés Suárez, que quería sorprenderla con una cena para celebrar su aniversario de matrimonio. «En Pozzetto hacen la mejor cazuela de mariscos, amor; nunca vas a

olvidarte de ella», le había dicho su esposo por teléfono cuando le advirtió que pasaría a recogerla antes de las siete. Marisol se peinaba frente al espejo, justo en el instante que el locutor anunciaba por la radio que un desquiciado sujeto había iniciado el fuego en un edificio de la carrera séptima con calle 52. «Ay pobre gente, Dios mío: siempre hay mucho loco en este mundo...», pensó aunque sin darle trascendencia al incidente, tratando de alejar la impresión de la dantesca escena.

2

Cerca de las ocho, un hombre de tez trigueña, bordeando los cincuenta años, de contextura menuda y con aspecto de oficinista, hizo su ingreso al restaurante. Se detuvo un momento en la entrada, clavando inconscientemente la mirada, sin pestañear siquiera, en el mayor Suárez y su esposa, como si se tratara de un par de amigos al que de repente hubiera reconocido. Llevaba un maletín negro. El maître de confianza, Alfonso Guaneme, le atendió afablemente; Pozzetto era el restaurante predilecto de Campo Elías Delgado. Aun llevaba los dos botones superiores de la camisa desabrochados y aunque el local se reservaba el derecho de admisión, los empleados hicieron una excepción con él. El maître preguntó qué deseaba cenar esa noche. Con su mirada de basilisco, escrutó con detalle a sus interlocutores, algunos, perturbados al sentirse observados por esos ojos negros y fríos —como los de las fieras disecadas que aun provocan un miedo irracional en el observador, o ese que inspiran los cuadros que parecen seguir con ojos muertos al observador, siendo imposible relajarse ante ellos—. El empleado le sugirió espagueti con pollo. Campo Elías Delgado pidió una botella de vino tinto y una gaseosa Colombiana para acompañar su cena. Esperando el pedido, recorrió el local con mirada de cazador, como un lobo acechando y calculando la distancia de su presa. Algunos miraban en dirección a su mesa, de soslayo y con expresión absorta, como la del que está hundido en sus pensamientos o ríe a carcajadas, y sin pensar, dirige la mirada hacia cualquier lugar; otros esperaban silenciosos su pedido y miraban también inconscientemente en dirección suya. Para Campo Elías, esta era inequívocamente, una señal de desprecio: «...Piensan que soy menos que ellos, solamente porque no llevo corbata...», se dijo mientras limpiaba el tenedor obsesivamente con una servilleta bruñendo el metal.

El veterano del Vietnam, probó la pasta, saboreándola con alguna fruición; parecía disfrutar como sibarita, la que intuía, podría ser su última cena. Bebió medio vaso de agua y dio un último lance al plato. En sus dedos tuvo de nuevo esa sensación de repulsión, y profunda suciedad que lo obligaba a asearse como un obseso varias veces por día. Era la impresión de tener un ejército de invisibles microbios poblándolo todo, lo que le obligó a levantarse para lavarse las manos. Con expresión de angustia evidente se dirigió al lavabo. Había cincuenta pasos justos desde su mesa hasta la entrada del baño. Se frotó las manos con abundante jabón mientras, veía su imagen reflejada en el espejo, sin pensar en nada. La pegajosa tibieza, el recuerdo de aquella sustancia en su piel, fue idéntica. El ruido del agua del grifo corriendo, revivió su obsesión. John Smith, un joven sargento de su compañía de origen navajo, un joven que no pasaba

de los veinte años, se desangraba por la arteria femoral por una herida durante un combate contra los Vietcongs.

Roído por la fiebre, el muchacho repetía delirando como un poseso: «Ayúdame. *Help me Elías, help me, my friend: please...* Amigo. *I'm dying...* Má-ta-me. *Kill me, please: I want to rest of this fucking hell*», esa voz envuelta en la niebla mefítica y húmeda, perdida en el hedor a excremento y combustible, resonaba en su cabeza como las turbinas de los B-52 planeando sobre ellos en medio de aquel infecto campamento plagado de alimañas. Los resuellos de los obuses y la metralla, el vaho de podredumbre, el aliento acre de la muerte, lo atormentaban noche a noche colándose entre sus pesadillas, sin darle tregua. Abstraído en sucesivos flashbacks recordaba hasta la locura aquella sucesión de escenas: «*Nadie entenderá esto jamás. Estás solo... Solo en el horror Campo Elías*».

Del otro lado de la puerta, una voz masculina de timbre nasal lo increpó pidiéndole que abandonara el servicio público «¿Se piensa quedar ahí metido toda la noche?... ¿Qué tanto hace encerrado, señor? Salga.», le decía el hombre.

Campo Elías abrió la puerta. Se detuvo en el umbral y lo miró fijamente. El interlocutor, un tipo calvo, de tez cetrina y cuerpo enjuto, le inspiró desprecio. El ex boina verde lo fulminó, mirándolo fijamente y con rabia: —Siga: ahí está su baño caballero... Y no tiene por qué ser tan grosero; demuestre su educación, si es que la tiene —extendió la mano en ademán de sumisión, invitándole a seguir, mientras se secaba las manos húmedas con una larga tira de papel higiénico que luego arrojó al suelo.

Campo Elías sentía repulsión patológica por las toallas de manos, los pasamanos de los autobuses y las bocinas de los teléfonos públicos; era un rechazo metafórico de su desprecio por todo lo que tuviera que ver con el tacto promiscuo. Las piernas empezaron a encalambrarse, los oídos le zumbaban, y la impronta de la carne quemada tras pegarle fuego al cuerpo de su madre, pareció avivarse en su nariz. Se sentó a la barra. Puso sobre sus rodillas el maletín. El empleado preguntó si deseaba que se lo guardara en un sitio seguro. Delgado se negó rotundamente y pidió el postre: flan cubierto de caramelo tibio. Entretanto preguntó al maître por alguna sugerencia de coctel; este le recomendó un destornillador: vodka con jugo de naranja. Con alguna confianza excesiva, el joven se atrevió a preguntar cuál era el motivo de su celebración con licor, pues nunca había lo había visto beber durante sus visitas al restaurante.

—Estoy celebrando algo muy importante, mijo; me voy a hacer un largo viaje —fue todo cuanto dijo al respecto—. Esto está muy bueno —dijo casi sonriendo.

—Vodka finés con jugo de naranja... ¿Le gusta?—contestó el maître.

Afirmó de nuevo con una sonrisa, que pareció aflorar de sus labios. Al margen de un ejemplar de Newsweek, Campo Elías escribió unos versos a vuela pluma. Una suerte de borrador del que nadie daría razón después; un fragmento literario condenado a perderse en el infierno que él mismo desataría en el apacible refectorio.

«I want to get out Mr Jekyll and Hyde and make them walk together » — escribió en su diario, días atrás— «... Somos dualidad, sustancia, luz y sombra. Qué contradicción es el hombre: condenado a ser y desaparecer de repente... nacer enfermo y verse compelido a estar sano (anotación: Fulke Greville). Un espectáculo verdaderamente admirable, pero: "I incline to Cain's heresy... 'I let my brother go to the devil in his own way'. Que cada quien se vaya al diablo como quiera...»

3

A veces, Campo Elías Delgado se atrevía a garabatear versos, la sublime poesía. Era un amante de la exquisita lírica inglesa del Romanticismo; aunque prefería la prosa concisa y puntual de Stevenson, Dickens, Hemingway, Dos Passos, Faulkner. También leía a los franceses. Se sentía hechizado por esa extraña música, por esa misteriosa forma del arte. Acarició con la punta de sus dedos el cañón del arma, como sopesando el poder encerrado en aquella obra maestra de la ingeniería de la destrucción. Un rato antes, en la ventisca ártica de la tarde bogotana, se había detenido a contemplar un cartel que anunciaba la obra de teatro de García Lorca "Bodas de sangre". Por coincidencia quizá, o por humor negro del destino, el restaurante Pozzetto era el colofón perfecto para tal celebración. Mantel inmaculado, hombres vestidos de punta en blanco; comensales de cuello almidonado, todo impecable...

La novia oscura, su presencia de negro terciopelo, con sus largas falanges de marfil amarillo tomando los blancos guantes del novio. Cubierta por un velo que no dejaba adivinar sus rasgos. La escena de la orgia de sangre que Campo Elías había fraguado en su mente tanto tiempo atrás, y que iba a ejecutar en pocos minutos, lo llevaban al límite de su excitación, trastornando su razón: «...El ángel exterminador asedia con su espada de fuego tras los dinteles de los egipcios; busca aquellas que están limpias de la marca de sangre del cordero —pensaba mientras observaba a los comensales desde la barra—. Seré como lluvia de fuego que cae del cielo: y quienes se detengan, los que se vuelvan a mirarme, serán convertidos en pilares de sal...»

Una mujer se aproximó al maître para pedirle un vaso de escocés en las rocas. Campo Elías contuvo la respiración brevemente; el aroma penetrante de la esencia lo mareó provocándole arcadas. Lo que podía ser un detalle de buen gusto, se volvía en una peste mefítica e insoportable. «Esta gentuza despreciable y venida a más, consigue sacarme de quicio con su vulgaridad», pensó mirando de reojo a la mujer.

La noche anterior había cruzado el límite en una de sus habituales discusiones con su madre, escándalos a los que el vecindario ya se había acostumbrado. La golpeó con violencia en un arrebató incontrolable de ira. Campo Elías lo hizo sin medir su fuerza y la anciana cayó inconsciente tras un fuerte golpe en la cabeza. Enseguida la remató apuñalándola frenéticamente en el tórax. La amortajó con las páginas de los periódicos viejos. Temprano, al día siguiente, se dio una ducha espartana con agua helada. Vestido con gran elegancia, se dirigió a la residencia de Claudia Rincón Becerra, su alumna de inglés. La muchacha de quince años y su madre, vivían en un apartamento en Santa Bárbara, al norte de la ciudad.

Esta última, sorprendida de verlo en un día que no fuera el habitual, lo recibió amablemente, haciéndolo seguir. Le ofreció asiento y café, que el ex militar rechazó. Preguntó enseguida por la joven. Claudia está estudiando, fue la respuesta de la madre. Sin darle tiempo de defenderse, Campo Elías se lanzó sobre ella amordazando los gritos de pánico con sus poderosas manos. Tomó el puñal, atacando el cuerpo inerme de la mujer varias veces. Hundió en su vientre la hoja del puñal varias veces. Se imaginó la penetración. Jadeante por el esfuerzo, entró al baño de servicio y se limpió; se lavó la sangre que parecía manar de sus propias manos. Aunque había planeado metódicamente en su mente cada uno de los pasos para ejecutar su siniestra tarea a la perfección, las cosas iban dándose a su propio ritmo. Era como si la muerte tuviera sus propias reglas; su voluntad escapaba a los dominios de la absurda lógica humana. Sin hacer ruido se encaminó al cuarto de Claudia. Entreabriendo la puerta pudo ver su cuerpo virginal y limpio, tallado en el mármol esplendido de sus quince años.

—Cómo estás Claudia —la saludó con amabilidad, sin ningún signo de sobresalto en sus gestos; su voz parecía perfectamente dominada.

—Bien, profe... —respondió la muchacha extrañada, igual que su madre, momentos atrás; su corazón trepidante por el miedo parecía cabalgar en su garganta. Tragó saliva.

La repentina visita, era como un presagio. La muchacha se extrañó por el silencio sepulcral en la casa; por la súbita ausencia de su madre:

—¿Y mi mami, dónde está? —preguntó la joven, pues siempre iba hasta el umbral del cuarto, para acompañar a Delgado, cuando iba a darle la lección de inglés.

El veterano respondió que no se preocupara; le había mandado a decir que no los molestaría, pues iba a salir por un momento para que Claudia pudiera tomar su clase de inglés tranquila.

—¿Te ha gustado el libro? —preguntó Campo Elías, cambiando de tercio.

—Sí, señor y mucho —dijo ella.

—Dime, ¿por qué?

—Habla de cosas muy interesantes; como por ejemplo, lo malas y lo buenas que pueden llegar a ser las personas...—contestó sin mirarlo a los ojos, nerviosa e inquieta.

Campo Elías se fijó en el lápiz entre los dedos finos de la muchacha.

Temblaba ligeramente, como si fuera una veleta agitada por vientos de tormenta. Miró de soslayo para asegurarse que la puerta estuviera bien asegurada. «Qué estúpido; si la mujer ya está muerta», se calmó.

—¿Estás cerca del final del libro? —le preguntó Campo Elías tratando de disipar su miedo.

—Más o menos... me quedan como unas cincuenta páginas para terminarlo

—respondió la joven con la voz entrecortada.

—Tranquila que no hay prisa, a todo le llega su final; las flores más hermosas del jardín también se marchitarán algún día, mi niña —replicó misteriosamente—: esa es la ley de la vida.

En un impulso salvaje, tomó a la joven por el cuello y la lanzó a la cama con violencia como si fuera una muñeca. Acarició sus piernas tocando su

sexo húmedo. Se llevó la punta de los dedos a la nariz: «¡Ah, Claudita, hueles a flores recién cortadas!», le dijo, mientras jugueteaba con su pelo largo y trazaba figuras indefinidas en su cuello con el brillante filo del puñal. La muchacha le rogó que no le hiciera nada. Él pensó en sus eternas noches de soledad y en esa fuente de placer que la joven resguardaba celosamente de las miradas masculinas bajo su falda escocesa de colegiala.

—Qué absurdo es todo esto: ¿para qué Dios se tomará la molestia de hacer algo tan bello como tú, si es preciso destruirlo? ¿Qué sentido tiene tanto desperdicio de belleza y de placer...? —le susurró al oído a Claudia, que sollozando, intentaba defenderse inútilmente—. En la vida existen fuerzas misteriosas, fuerzas que nos controlan y que desconocemos —continuó con su delirante monólogo—. Una vez que son desatadas, tal es su poder, que ni Dios las contiene, pues lo superan...

Otro grito se ahogó esa tarde en la quietud del elegante apartamento de clase media alta, en el corazón del apacible sector de Santa Bárbara. Un vigilante que hacía su ronda en esos instantes creyó escuchar algo, pero siguió su ronda. ¿Que hubiera hecho de saber lo que sucedía allí dentro? Luego de ejecutar la primera parte de su masacre, entró al lavabo y como Raskolnikov, se lavó y limpió sus manos; luego se cambió las ropas para no dejar huellas. Los impulsos del asesino, algunas veces se rigen por la lógica; aunque en la aparente sistematicidad del acto criminal, este termina obrando por sí solo como un títere enloquecido que cobran voluntad repentina. La naturaleza de una mente criminal semeja a las leyes del caos, que entre su aparente desorden tienen un sistema propio de jerarquías; como el patrón arbitrario que sigue una enredadera para escalar una columna o las veces que la serpiente enrosca su cuerpo antes de asestar su mordida fatal.

De pronto Campo Elías recordó todos los gestos y los rostros de los muertos que habían pasado por su cabeza. Entre todos destacaba el de su padre. Se había suicidado descerrajándose un balazo en la cabeza, muchos años atrás. Sin embargo, no era la concreción del recuerdo lo que lo atormentaba, sino la expresión que había tallado de manera abrupta e impúdica la muerte en su rostro, lo que jamás olvidaría. La mueca rígida, sardónica y de profundo disgusto, como de hastío postrero ante la vida, era lo único que podía recordar de su padre cuando lo vio por última vez, con su cara hinchada y los ojos abotagados a través del cristal del ataúd. Campo Elías siempre culpó a su opresiva y omnipresente madre.

«El horror es como un fantasma, como ese sueño de la razón del que habló Goya, y que produce monstruos: esos en los que poco a poco nos vamos convirtiendo con el tiempo», monologó consigo en voz alta, mientras se ponía una camisa del esposo, que sacó del ropero de los Rincón.

Ya hacía quince años atrás, recordó mientras caminaba por las calles del tradicional barrio Sears, Campo Elías Delgado, había descendido a los círculos dantescos de la guerra en las sórdidas selvas de Vietnam.

La miríada de rostros en la calle, sonrientes, olvidados por un momento de las miserias de la vida, cargando sus arrumes de paquetes y llevando a

sus niños de la mano, le produjeron un revoltijo amargo en el estómago. Quiso vomitar justo en plena calle. «Si tuviéramos que hacer silencio, en un breve réquiem por los que entregan atroz e injustamente la vida en el mundo cada minuto, para que los demás gocen de las suyas, la humanidad tendría que permanecer en silencio eternamente», murmuraba como una letanía. Algunos lo miraban con extrañeza, tomándolo de seguro por un demente; lo veían con desconfianza y desprecio. Un loco que vergonzosamente monologa en público. «Uno es el único ser con quien, quizá, sea posible llegar a comunicarse; y tal vez, comprender cabalmente alguna vez», pensó. De todos los caminos que elige un hombre en la vida, Campo Elías Delgado había optado por uno lleno de espinas, pero necesario; no tenía otra salida para este laberinto, que el de la soledad de la muerte.

4

Como si de uno de esos rituales funerarios vietnamitas se tratara, Campo Elías había tomado el cuerpo de su madre envolviéndolo en una mortaja improvisada con el mantel de la mesa. Encendió un cerillo para iniciar así fuego purificador, que había de crecer hasta extenderse por todo el apartamento, como una flama expiatoria que limpiaría cada rincón. En cuestión de minutos la conflagración se salió de control. El humo negro empezó a crecer como una neblina asfixiante por los pasillos; se colaba bajo cada una de las puertas del vecindario. La detestable mujer que le hacía la vida imposible a Campo Elías, con sus saludos, con sus preguntas imprudentes y sus salidas fuera de tono; esa que se refería a él como «el hijo loco y amargado de doña Rita», al salir al umbral de la puerta de su apartamento para preguntarle cuál era el alboroto, recibió por contestación un certero tiro de gracia en la frente.

Entre la densa y asfixiante cortina de humo que crecía con vertiginosa velocidad, el ex boina verde avanzó como si fuera Azrael, el ángel de la muerte, que afirmaba el profeta Mahoma, liberaba a las almas atormentadas de la tierra. Una de las dos jóvenes habitantes del apartamento 301, al abrir la puerta para acudir a la llamada de auxilio de su vecino pidiendo ayuda para llamar a los bomberos, recibió un tiro; igual suerte corrieron las tres estudiantes del primer piso. Otra de sus vecinas, a la que por capricho de la providencia, Campo Elías, perdonó la vida al cruzarse con ella en el pasillo, afirmó luego al ser interrogada por los reporteros, verlo en trance ante uno de los carteles que anunciaban una obra de teatro.

El ex boina verde y marine del ejercito de los Estados Unidos, condecorado por su valor y sangre fría en las malsanas junglas del Sur de Asia, caminaba con la mirada perdida por las calles, entre los viandantes que como la mujer del edificio, ignoraban sus planes aquella noche de diciembre. Azrael se movía entre ellos, rozándolos con sus alas negras y su espada de fuego; pero sin tiempo suficiente para matarlos a todos. Al llegar a la residencia de sus amigos más íntimos, el matrimonio de Jesús Fernández y Clemencia de Castro, Campo Elías tuvo un instante de solaz en aquella extenuante labor. Ella, Clemencia, su amiga más íntima, reconoció en él los gestos de la inquietud: la desesperación en el rostro de

aquel que tiene la completa certidumbre que no verá la luz del día siguiente. Era una corazonada. Campo Elías daba vueltas en círculo como una fiera encerrada en su jaula. Aceptó un vaso de Coca-Cola y conversó con ella sobre su hijo, Andrés. Esa breve charla le otorgó un poco de calma a su espíritu convulso. Antes de irse, Campo Elías abrazó por última vez a su amiga, quien percibió bajo la chaqueta el contorno duro del revólver. Le pidió que saludara de su parte a Jesús. Clemencia preguntó cuál era el motivo de su intempestivo viaje y cuál sería su destino: «Es muy lejos: la China...; pronto, pronto sabrán; por la televisión de seguro, esta misma noche, tendrán noticias de mí. No se preocupen, y cuiden mucho al niño; no lo castiguen por sus malas notas, él es un buen muchacho».

5

El aire helado de la noche refrescó la cara acalorada de Campo Elías, que solía muchas veces andar en mangas de camisa en plena sabana de Bogotá. Alguna vez alguien le preguntó si no sentía el frío. «No. Porque yo tengo el corazón caliente», se limitó a responder. Tenía fama de hombre reservado. «Es alguien extraño», decía la gente al referirse a él. Era distante en su trato personal. Las amistades del maduro estudiante de literatura en la Universidad Javeriana, se contaban con los dedos de una mano. Si a un personaje literario había terminado por parecerse, era a Mister Utterson, el abogado del célebre relato de Stevenson. Su verdadera pasión eran las historias, los entrañables personajes a los que Campo Elías acudía con constancia, en incesante estado de éxtasis. Su fascinación por el escritor escocés Robert Louis Stevenson y por El extraño caso del Doctor Jekyll y Mister Hyde, era casi una obsesión, llegando a desear la posesión casi física, del carácter de aquellos personajes, como si de un actor en proceso de asimilación orgánica de cada uno de sus roles se tratase. Era como si viviera al mismo tiempo con la suya, la existencia de esos otros personajes más dignos de una real, que su propia y contingente existencia.

Sentado en la mesa mientras terminaba de tomar el coctel, quiso pedir ginebra. Se levantó con decisión y, nuevamente, se dirigió al baño. Aseguró la puerta con el botón de seguridad. Cuidadosamente, de la misma manera como solía hacerlo en el campamento, abrió el maletín y sobre el tocador del baño organizó su arsenal: los cartuchos ordenados en pequeñas cajas de cartón, el puñal de asalto, perfectamente refulgente, como si jamás lo hubiera usado, junto a su infaltable Magnum 32.

Al salir, se ubicó en medio del salón y gritó a todos que se disponía a hacer un asalto; que entregaran su dinero poniéndolo sobre las mesas y que, sobre todo, no lo miraran a los ojos. «Bienvenidos al infierno», dijo la frase repetiría varias veces durante la matanza. Un hombre de contextura gruesa, con pulso trémulo, sacó el dinero tal como le había dicho Campo Elías; sin embargo y a pesar de la advertencia del maniático, decidió mirarlo a los ojos. El disparo quebró la calma a la que los empleados del restaurante estaban habituados. El estupor y el pavor se apoderaron de todos. Al escuchar el tiroteo, de inmediato e instintivamente, los empleados buscaron refugio en los baños de personal. La mujer que se

hallaba detrás del hombre muerto por mirar a su verdugo, gritaba histérica, salpicada de sangre y masa encefálica.

—¡Cállese, señora, se lo repito: haga silencio! —le gritaba el ex marine, con creciente irritación.

Sin aspavientos, hizo lo propio con la mujer. Era trigueña, de estatura mediana y llevaba un vestido de seda azul aguamarina. Quedó tendida a los pies de su esposo con los ojos fijos en el cielorraso. Sin embargo el incidente, antes de amainar los gritos histéricos de las mujeres, desató una serie de réplicas que exasperaban cada vez más a Campo Elías Delgado. Entre tanto, el mayor Suárez planeaba su estrategia ocultándose bajo una mesa y cargando su pistola. Marisol, escondida justo en la mesa frente a la que cenaban hace unos minutos, le rogaba con la mirada que no cometiera una locura.

—Si no quieren que les pase lo mismo que a ellos, háganme caso y no cometan estupideces, no se las den de héroes y saldrán con vida

—anunciaba Delgado con voz recia, sin flaquear un instante en sus amenazas.

Pero los disparos no cesaron. En intervalos de diez o veinte segundos, se escuchaban gritos y tiros; luego los sollozos y un breve silencio. El guión seguía ese ritmo desquiciante e invariable. No había espacio para escenas de heroísmo. Campo Elías Delgado se destacó en su vida militar, sobre otros marines tan preparados o incluso mejores que él, por su destreza a la hora de apuntar y disparar. Su velocidad, precisión y puntería era desconcertante, certera. Lo habían condecorado por sus habilidades como tirador. El mayor Suárez era un hombre de gran autosuficiencia. Su esposa siempre le criticó su tozudez y arrogancia. Decía no temerle a nada ni nadie. Marisol se llevó su mano a la boca para que no se escuchara su gemido de desesperación cuando vio que su marido golpeó la culata de su arma encasquillada contra el suelo, justo cuando el tirador cruzaba entre las dos mesas cortando el contacto visual con su esposo. Delgado retornando tras sus pasos, encontró a Marisol y le pidió que le entregara las joyas y la plata. Obedeció. Alzó la vista para mirarlo y de repente su visión se nubló por completo. En un solo y confuso golpe de vista, el espacio y tiempo se fragmentaron; con visión brumosa vio a su esposo, el mayor Suárez salir debajo de la mesa y abalanzarse sobre la espalda de Campo Elías Delgado. Para Marisol todo era tan vertiginoso y confuso que no se percató del disparo que tenía en su cabeza. «La mató, mató a mi mujer... malparido», gritó el mayor. Antes de que hubiera siquiera un breve forcejeo entre los dos hombres, Campo Elías ejecutó un movimiento rápido y disparó. En el instante en que Marisol había puesto las joyas sobre la mesa, sintió una caricia de fuego en su sien y perdió el sentido.

6

Atrincherados tras una patrulla, los policías hicieron varios disparos de advertencia. Luces azules y rojas se filtraban a través de los visillos, como en una escena de serie policiaca. Sombras que parecían movidas por la oscura mano del titiritero en un teatro de marionetas, se movían de un lado a otro intentando flanquear la puerta principal. Campo Elías,

respondía a las exigencias de los policías para que se entregara, disparándoles desde una de las ventanas del salón. Trazas de fuego silbaban susurrando el rumor de la muerte en sus oídos. Su mente volvió nuevamente a las húmedas junglas del infierno verde, en las entrañas de aquel oscuro país del sur de Asia. Imaginó a los hombres de uniforme verde oliva como despreciables comunistas de ojos rasgados y piel amarilla; hombrecillos, seres infrahumanos que hablaban en una lengua bárbara, que vivían sin Shakespeare, Rimbaud o Conrad. Los fantasmas de los que trataba de huir, parecían seguirlo sin tregua, sin darle siquiera el breve descanso de una cena apacible en aquella ignota ciudad enclavada en la fría sabana de un país tropical y tercermundista. El destino es un *juggernaut* demoniaco que se lleva por delante a la niña en Dr. Jekyll y Mr. Hyde: un monstruo sin piedad, sin ningún reparo para imponer su voluntad. Es preciso seguirle siempre en sus caprichos. Pero una cosa es entregarse a él pasivamente, sin darle lucha, rindiéndose a sus exigencias, y otra distinta, tratar de tomarlo por el cuello como Beethoven decía.

Por el megáfono los agentes le pedían su rendición. Si se entregaba se le respetaría la vida. De pronto le pareció estar hundido en una ciénaga infestada de sanguijuelas y alimañas. Sudaba copiosamente, y la multiplicidad exuberante de aquel idílico infierno subtropical que se figuraba en su mente, lo alteró de nuevo.

«Un soldado debe ejecutar su misión a cabalidad y con honor», decía refiriéndose al combate. Nunca supo qué había sido Vietnam exactamente: sólo quería hacer las cosas bien y largarse lo más pronto de aquel agujero infecto. Cumplí cabalmente, haciendo lo que debía hacer. En una ocasión ametralló a una docena de guerrilleros del Vietcong, llevando un arma en un brazo, mientras con el otro, como en las ridículas películas de guerra, tuvo que sostener a su compañero Smith, herido mortalmente. No había luces, ni maquillajes, ni explosiones, ni bandas atadas a la cabeza para mantener en su sitio el peinado. Cada disparo significaba la distancia entre su muerte y la del otro, entre una nueva oportunidad de respirar o de convertirse en parte del paisaje. Los asiáticos arreciaban, trataban de matarlos, al tiempo que evitaban ser tocados por las ráfagas de 7.62. Sin temor a mirar al rostro a las Moiras, se enfrentó a aquellos desquiciados fanáticos vietnamitas; qué le iba a temer a un puñado de policías colombianos mal armados y peor entrenados. Mientras planeaba su estrategia, una oleada de calor empezaba a dejarse sentir sobre el elegante refectorio.

Intentó alcanzar un vaso de Coca-Cola con hielo. Se humedeció los labios con la lengua. Su frente estaba perlada de sudor y la camisa se pegó a su espalda como una lapa. Sintió asco de todo; sólo quería darse una ducha. Antes de que pudiera percatarse, la puerta principal se abrió de golpe. La tenue luz macilenta de los faroles de la calle iluminó el comedor oscurecido. Campo Elías alcanzó a hacer su movimiento más rápido, como John Wayne, el héroe épico de los westerns, en el momento decisivo del duelo, ante el mejor pistolero del condado. Creyó haber ejecutado uno de sus disparos certeros, en una fracción de segundo. Tuvo en su cuerpo una

sensación de calor intenso. Volvió a ver los destellos de fuego, esos que en la espesa jungla parecían estrellas fugaces en la noche; resplandecientes luces lejanas, ominosos escupitajos de fuego, de los que tanto se cuidó de ser tocado. Una pesadez se apoderó de todo su cuerpo, un peso de plomo, empezó a querer cerrar sus párpados. Se resistió. Entonces, se fue fundiendo en esa sensación de letargo, en esa mancha oscura y silenciosa que parecía crecer en el espacio y el tiempo; entre la insania y la cordura pudo distinguir una larga línea blanca sobre el cielorraso que dividía la penumbra del salón de la luz del reflector. Alcanzó a posar el frío cañón del revólver en su sien. Sus ojos bien abiertos no adivinaron la sombra fugaz, el aleteo de la muerte cayendo sobre ellos, hasta anegarlos definitivamente de oscuridad. Todo parecía un sueño. Un destello despertó a Marisol. Tenía la cabeza amortajada cuando gritó, pensando que estaba muerta: «¿Qué pasó? ¿Dónde está Andrés?», volvió a gritar. En la pantalla, vio las patrullas y la sangre; reconoció los ojos desorbitados y el gesto atroz del horror y la locura: Campo Elías Delgado. Pozzetto. Nunca olvidó esa noche.

La puerta de la Ley

K era un empleado que no se destacaba del resto. Trabajaba una mañana corrigiendo unos informes cuando fue llamado por su superior. Le pareció algo inusual, puesto que los empleados nunca dejaban sus puestos: la orden era no interrumpir las tareas bajo ninguna circunstancia. Se dirigió pues a la oficina del supernumerario. Antes de acercarse siquiera a su escritorio, el jefe extendió una tarjeta a K:

«Debe presentarse mañana en el lugar que se le indica ahí», ordenó sin mirarlo. «Ahora... vuelva a su trabajo de inmediato».

Continuó con su habitual labor —clasificar cientos, miles de infolios, cada uno con un número secuencial de más de diez cifras—; a veces, le daba la impresión de que las letras y números de los informes parecían cambiar de lugar, moviéndose como un hormiguero inusual ante sus ojos. Quizá, se dijo, era la fatiga cerebral. Como solía hacerlo todas las noches escribía desde la diez de la noche hasta las cinco de la mañana. Pensaba que el esfuerzo valdría la pena: casi estaba listo su relato. Era la historia de un hombre que lee una crónica en el periódico, narrada por otro personaje, que a su vez es leído por otro, y así, la cadena se extiende ad infinitum, entrelazando los relatos que se van interconectando hasta el final, pero que no llegan a conclusión alguna, empezando de nuevo. El lector de la historia enloquece, y en el asilo de locos, intenta hacer un esquema con metros de hojas de papel sanitario, que jamás termina de garrapatear. Como un símbolo guardaba el manuscrito en una caja que estaba dentro de otra, como si de una matrioshka se tratase. Por pudor, recelaba todos sus manuscritos. Algunas veces leía sus textos a amigos cercanos. Anhelaba la gloria póstuma de los poetas románticos. K. también era soltero convencido, vegetariano y escribía con mística sacerdotal. «Esto es absurdo», dijo su mejor amigo al leer el relato. «Estás completamente loco».

K. no le daba importancia; las críticas las tomaba como un cumplido. «Todas las cosas comienzan así —pensaba K. durante sus viajes en tranvía—: con una palabra o suceso en apariencia insignificante: □ (Aleph), por ejemplo, es la letra inicial del alfabeto hebreo, con la que Dios comenzó la creación de su obra máxima, La Torá. A lo mejor nosotros no somos sino una de tantas escenas atrapadas en sus pesadillas.»

Dejaba que la fuerza misteriosa del azar fuera el leitmotiv del relato. Sin embargo, la noticia de su traslado a otro sitio de trabajo, tras veinte años sin moverse de su puesto en la oficina de patentes, le parecía una prueba contundente de su teoría. Tomando aquello como otro de los insoportables gajes de su oficio, preparó las valijas y un par de libros. Antes de despuntar el día tomó un tren hacia el sur. Tenía solamente la vaga idea del sitio al que debía llegar: un remoto pueblo donde debía encontrar un castillo. Por un instante se olvidó del futuro, que le parecía, se desvanecía como cera al sol. Camino a la estación se detuvo un momento a ver la nieve blanquear el paisaje. Arreciaba con fuerza. Aspirando el aire frío ajustó su sombrero y levantó las solapas hasta casi esconder su cabeza entre su tronco igual que una tortuga, acosado por el intenso viento. «Si hubiese traído mi cuaderno, al menos podría escribir algo en el vagón durante el viaje», pensó, «...ya no interesa».

Mientras permanecía absorto en la lectura de una novelita metafísica, se detuvo el tren. Aprovechó para preguntar al mozo donde podría encontrar el famoso castillo. Le señaló un punto en el paisaje más allá de la ventanilla: en lo alto de una montaña, un castillo bermejo vigilaba un pequeño pueblo cubierto por la nieve. La construcción semejaba tener la forma de la letra aleph, con sus dos atalayas inmensos sobre una base triangular. K. se apeó del tren y empezó a intentar avanzar penosamente entre las estrechas callejuelas sepultadas bajo la nieve, que le llegaba casi a las rodillas. En ninguna casa se percibía el más remoto indicio de luz o actividad humana. Buscó la tarjeta y la miró detenidamente: no se había percatado de que también tenía impresa la letra mística. Llamó a una puerta. Abrió un hombre de barba gris y profundos ojos negros de lechuza.

«Vengo desde la ciudad buscando un castillo, en el que según esta tarjeta, debo presentarme... ah, olvidaba decirlo: soy K.», se presentó, levantando ligeramente su sombrero ante el hombre de manera cortés.

El cochero lo hizo seguir. En el recinto, casi vacío, estaba una carreta atada a dos caballos esqueléticos. Simplemente era un cobertizo destinado como cochera improvisada.

«Lo estaba esperando», dijo el cochero. «Partiremos de inmediato».

«Pero... está nevando con fuerza, y sus caballos, disculpe por mi intromisión, creo que no resistirán hasta la cima», afirmó K. con estupor.

«No se preocupe, forastero, de ese asunto me encargo yo», le dijo.

El cochero a pesar de la crudeza de la nevada, emprendió el camino. El sol apenas podía verse, la interminable alameda que llevaba al castillo estaba cubierta por la fuerte tormenta blanca. Dentro del coche, K., presa del cansancio, se quedó dormido. Al despertar estaba recostado contra la inmensa puerta del castillo junto a sus valijas; el cochero ya no estaba.

Golpeó con vehemencia hasta que al fin, salió un hombre, que K. confundió con el cochero:

«Gracias por bajar mis pertenencias; me quedé dormido en su coche»
«¿Quién eres?», le preguntó a K.

«Ya le dije: vengo desde la ciudad; me ha enviado mi jefe con esta tarjeta», K. buscó entre los bolsillos de su gabardina, pero no encontró nada: «¡Maldita sea, juro que traía la tarjeta conmigo!», gritó con desesperación. «Pero por favor, déjeme pasar: me congeló aquí afuera.»
«Lo lamento, pero debes esperar aquí hasta ser llamado por el administrador. Todos lo hacen. Nadie puede sobornar a los guardianes, ni mucho menos cruzar estas puertas sin autorización del jefe de la guardia», afirmó el guardia escuetamente.

K., se sentó, pensando de nuevo en las casualidades que lo llevaron a aquella absurda situación. «No tengo nada», pensó con cierta amargura, «es como si hubiese acabado de nacer». Desde la distancia, el pequeño pueblo, las montañas, el cielo gris, se le antojaba fútil y grotesco. Por primera vez, deseaba fervientemente estar sentado en su celda burocrática, en el corazón de la lúgubre oficina de patentes. Poco a poco, se fue acostumbrando a su nueva situación; sorprendentemente de una forma más rápida de lo que se puede imaginar en tal circunstancia. Años después, una mañana, mientras se aseaba en el lago que rodeaba el castillo, vio su reflejo en las aguas: se halló envejecido y frágil; ya no tenía la juventud suficiente para resistir esa ridícula espera. Sin explicarse por qué razón lógica, continuó ahí, un día más y frente a la misma puerta, igual que veinte años atrás. «Ya no me quedan ni siquiera esperanzas», se dijo.

«Espero que ahora lo comprendas bien», le espetó el guardián. Humedeciendo sus labios tumefactos, K. trataba de mitigar su agotamiento. Miró al guardia embozado en su abrigo, viéndolo arrogante, con sus sombríos ojos bajo el quepis.

«¿Entonces... dime, no puedo cruzar la puerta aunque esa sea mi última voluntad?», le preguntó resignado K.

El guardián negó con la cabeza:

«Esta es la puerta de la ley, debes recordar eso; aunque fueras a otro pueblo de esta comarca, de todos modos sería igual. Al morir, será como si jamás hubieras existido», sentenció.

Mientras caía la tarde, K. veía caer su último crepúsculo; justo antes de ocultarse el sol, expiró al fin. Inmediatamente, el guardián, lo arrastró hasta el foso que rodeaba al castillo; en seguida cerró la puerta y se marchó. La puerta, quedó entreabierta, aunque no clausurada definitivamente, parecía dejada así a propósito, esperando la llegada de alguien más. En ese preciso momento, aquel hombre por el que esperó K. por tantos años, despertaba de un largo sueño, en uno de los suntuosos dormitorios del castillo.

«Vaya, qué horrible pesadilla acabo de tener», le dijo al guardia mientras se afeitaba una barba de varios días: «soñé que un hombre moribundo aguardaba una cita conmigo, pero moría justo antes de verme. Sírvenme el desayuno.»

Índice

Víspera de Nochebuena	2
La geometría de las pasiones	18
El ángel de la muerte	41
Bienvenidos al infierno	73
La Puerta de La Ley	112